

A romantic couple is shown in a close embrace, about to kiss. The man is on the left, and the woman is on the right. They are both holding champagne glasses filled with bubbly liquid. The background is dark with soft, out-of-focus lights in shades of blue and yellow, suggesting a night-time setting like a bar or club. The overall mood is intimate and celebratory.

Quédate SOLO
ESTA NOCHE

NORAH CARTER
PATRICK NORTON
MONIKA HOFF

Quédate ^{SOLO}
ESTA NOCHE



NORAH CARTER
PATRICK NORTON
MONIKA HOFF

Título: Quédate solo esta noche.

© 2017 Norah Carter—Patrick Norton—Monika Hoff

©Todos los derechos reservados.

© elrobe.com

1ªEdición: Marzo, 2017.

©DOLCE BOOKS

dolcebookseditorial@gmail.com

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Diseño de portada: China Yanly

Maquetación: China Yanly

Info: chinayanlydesign@gmail.com

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

CAPÍTULO 1



Desperté temprano. Aún tenía un poco de resaca de la noche anterior. Había cenado con mi amiga Marta en un restaurante italiano y el lambrusco estaba haciendo estragos, pero tenía que sacar fuerzas y salir pitando para el aeropuerto.

—Ten cuidado, hija, me da miedo que viajes sola.

—Mamá, ni que fuera la primera vez...

—Bueno, pero recuerda tener precaución con todo, ya sabes que hay mucho loco suelto y no quiero por nada del mundo que te pase nada.

—Lo mismo vuelvo con novio —bromeé.

—No me importaría, solo espero que tengas buen ojo.

—Tranquila, prometo tenerlo. Dos escarmientos han sido suficientes. Dicen que a la tercera va la vencida —le solté mientras besaba su mejilla y me iba con mi pequeño equipaje hacia la puerta.

—Llama en cuanto llegues.

—Claro, no te preocupes.

El avión despegaba. Estaba feliz. El día anterior había cumplido treinta y dos años, y tenía una vida con un futuro bastante prometedor. Hacía dos meses que me ascendieron a directora de marketing de la empresa en la que trabajaba, “Medison”. Llevaba allí ocho años.

Ese fin de semana era el evento anual de la empresa. Esta vez sería en Bruselas, así que ahí estaba en el primer vuelo que salía hacia ese país. Iba sola, pues la noche anterior se fueron los jefes de departamentos, pero yo, como era mi cumpleaños, preferí salir más tarde. De todas formas, hasta el día siguiente no se celebraría la reunión.

Tres días eran los que iba a pasar allí, tres días completos. Era viernes, pero aterrizaría en la capital a las diez de la mañana. La vuelta la tenía para el lunes a primera hora. Me encantaba conocer lugares y en Bélgica nunca había estado, así que esta era mi oportunidad de hacer un poco de turismo.

Un taxi me llevó hasta el hotel, en pleno centro de la ciudad. Me registré y salí a la calle a hacer un poco de turismo.

No me había preparado nada. Cuando viajaba, me gustaba estudiar la ciudad antes de ir, pero en este caso, un día por otro, y nunca lo hice, así que cogí hacia la derecha y decidí perderme, descubrir por instinto todo. Estaba feliz, me sentía bien conmigo misma. Por esa razón, me dejé llevar y comencé a caminar.

Enseguida me di cuenta de que estaba en un sitio importante, La Grand Place, una belleza ante mis ojos. Solo el hecho de leer el nombre imponía. Me puse en el centro. Quería observar todo. Sabía que en cada edificio espectacular había una historia detrás, así que puse el nombre de la plaza en Google y descubrí que estaba el ayuntamiento, la casa del Rey, panaderías, sastrerías, cervecerías, pastelerías, todo estaba ante mis ojos. Después de unos minutos observando, me compré un gofre con un delicioso chocolate y me senté a observar, solo eso, aquello era magia, un escenario imprescindible para deleitarse un rato.

—No puedo, cariño, te he dicho que no —escuché a un chico hablar por teléfono. Por su acento juraría que era de Galicia. Me hizo gracia, se sentó en la mesa de al lado— No me puedes liar estos petates cada vez que salgo de viaje, así no se puede vivir —dijo en voz baja pero muy enfadado.

Yo hacía que miraba a la plaza embelesada por el atractivo que ofrecía, pero me hacía mucha gracia escuchar a ese chico discutir con la novia o mujer que le estaba liando la de Dios.

—Estás quedándote loca, no es normal las cosas que me estás diciendo, esto es trabajo, ese que

mantiene nuestro hogar, vives enferma de celos, esto no es vida, Natalia —recriminaba cada vez más acelerado—. Mira, ya me has terminado de enfadar, no te voy a coger el teléfono hasta el lunes, es imposible hablar contigo, cada vez que viajo, un numerito... ¡Ya está bien! —colgó el teléfono.

Lo miré y vi que estaba tan enfadado que lo tiró sobre la mesa y el móvil salió lanzado para el suelo. El teléfono se había roto en mil pedazos. No sabía si cogerlo y dárselo, si echarme a reír, calmarlo o quedarme quietecita, que sería lo mejor...

No, yo no me podía quedar quietecita, él sí, ni se inmutó en mirar el móvil. Estaba muy enfadado. Me levanté y fui a cogerlo, pero antes de agacharme, lo miré.

—Perdone, se le ha caído el móvil —dije aguantando la risa mientras me agachaba para recogerlo.

Podía ver que se estaba levantando apresuradamente. Aquella escena me había parecido como recién sacada de una comedia americana, de esas que solemos ver a mediodía o por las noches, cuando estamos aburridos y nos apetece reír un poco.

—No te preocupes. Ya lo recojo yo —decía mientras se agachaba y se quedaba en cuclillas, como yo.

—No pasa nada —iba recogiendo y entregándole a él los pedazos. Estaba aguantando la risa cada vez más. Parecía que me estaba haciendo efecto el lambrusco de la noche anterior.

—¿Eres española también, verdad? Me llamo Rodrigo —se acercó a darme dos besos.

—Yo me llamo Hanna —dije reventando a reír.

—¿Y esa risa? —preguntó sonriendo.

—Perdona, es que vi cómo lanzabas el móvil... —dije a trancas y barrancas, llorando de la risa.

—¿Te sientas? —señaló a la silla de su mesa, sorprendido gratamente por lo que yo le había revelado.

—Vale —cogí las cosas de mi mesa y me fui para la suya.

—¿Has venido de viaje sola? —preguntó intrigado.

—Sí, aunque estás calles deben estar inundadas por compañeros míos. He venido a un evento de mi empresa, se celebra mañana.

—¿No serás empleada de Medison, verdad?

—¡Sí! ¿Tú también?

—Sí, soy de las oficinas centrales de Vigo. ¡Qué coincidencia!

—No, no lo es, solo a un español se le ocurriría estampar un móvil por una discusión con su pareja —solté riendo aún más.

—¡Mi madre! Te has enterado de todo —dijo poniendo sus manos sobre la cara.

—No, tranquilo, a ella no la escuchaba —sonreí de forma maléfica.

—Mejor... —volvió a ponerse las manos en la cara.

—No te preocupes. Las mujeres sacamos de quicio, lo llevamos en las venas por naturaleza —intenté suavizar el tema.

—Pues esta lo debe llevar en el cuerpo entero. Qué de numeritos cada vez que salgo de viaje. Me ha montado un pollo en un momento... impresionante. Esta se cree que soy Richard Gere o algo por el estilo, no la entiendo.

Hombre, Richard Gere no, pero vamos, que bueno y guapo era bastante, de esos que a muchas no les importaría tener un rato en su vida. Ese pelo castaño, un poco largo, engominado hacia atrás, esos ojos color miel, esa mandíbula tan acentuada, ese cuerpo tan definido, con ese polito blanco que le hacía unos brazos impresionantes, esos vaqueros ajustados.... Ni que fuera Richard Gere decía... aguanté para no reír solo de pensarlo.

—No te preocupes, se le pasará.

—Más le vale, porque llamar ya no puede —miró hacia el móvil que estaba en la mesa roto en mil pedazos, los dos nos reímos.

—No sé yo si eso la enfadará más —encogí los hombros.

—Paso, para tres días que voy a estar aquí, no voy a estar amargado. Total, ella, hasta que no llegue, no se va a quedar tranquila —puso ojos en blanco.

—Algunas mujeres no tenemos solución —dije de sopetón.

Nos miramos con complicidad y, en el brillo de sus ojos, pude leer que yo le había caído en gracia. Permanecemos callados durante un instante, un instante que para mí fue mágico y creo que, para él, también. Pero la magia también tiene fecha de caducidad, como los yogures. Ya sabréis por qué dentro de nada.

Cuando viajas a otro país, tienes la sensación de que estás en otro mundo, en otra realidad y que tienes libertad para hacer muchas cosas que, en tu entorno, eres incapaz de hacer. Creo que a nosotros nos estaba pasando algo parecido. El hecho de que él hubiera roto el móvil en mil pedazos me decía que las cosas con aquella joven no iban tan bien. Los celos son de las peores emociones que puede experimentar una pareja. Y, como él había dicho, su chica estaba siendo presa de ellos.

La verdad es que cada vez que lo miraba me recordaba más a Richard Gere. Pero solo era una fantasía de las que se producían en mi cabeza constantemente. Lo estaba pasando genial con aquel chico.

De repente, me di cuenta de que se estaba poniendo cada vez más nervioso. Noté que estaba completamente morado.

Se había atragantado con uno de los aperitivos que nos habían servido junto a la cerveza. Ya no podía ni hablar. Yo me asusté tanto que me levanté para intentar ayudarlo. Rodrigo se atragantaba y no había forma de que pudiera respirar.

Por los movimientos que estaba haciendo con los brazos, como si fuera un auténtico ventilador, supuse que la cosa iba en serio. Los ojos se le salían de las órbitas y abría la boca como si fuera un pez que acababa de salir del agua. Yo no tenía ningún conocimiento de primeros auxilios, así que lo único que hice fue darle golpes en la espalda mientras gritaba socorro como una desesperada.

Rodrigo necesitaba ayuda urgentemente, si no se iba a morir allí mismo y lo que es peor, cuando su novia se enterara de que había estado conmigo, seguro que me denunciaba por homicidio involuntario.

Empecé a darle golpes muy fuertes en la espalda y me di cuenta de que no estaba haciendo nada. Rodrigo se estaba asfixiando, al mismo tiempo que me indicaba que los golpes le estaban destrozando por dentro. Al final, el maldito aperitivo salió de su boca disparado. Pudo tomar aire. El susto que me había dado era tremendo. Cuando llegó el camarero para ayudarme, ya estaba todo solucionado.

Rodrigo comenzó a beber cerveza para aliviar el dolor que tenía justo en el esófago. Yo estaba también de los nervios, porque me di cuenta de que ese chico podía haber muerto delante de mis narices.

—Gracias a ti, he podido volver a la vida, aunque la espalda va a tener que verla un masajista porque casi me la rompes de los golpes que me has dado —dijo con un tono irónico que no me gustó nada.

—Oye, no te pongas borde. Solo intentaba evitar que te ahogaras con el maldito canapé. Me has dado un susto de muerte. Pensaba que iba a terminar las cervezas con un jodido cadáver —dije yo intentando quitarle tensión al momento—. Rodrigo, no quiero que te lo tomes a mal. No vuelvas a coger canapés. No quiero que te atragantes, por favor —apunté yo con tono serio.

—O sea, que ahora tú, a la que no conozco de nada, te pones a darme órdenes —dijo con cara de pocos amigos.

—Yo no te estoy dando órdenes. Te digo que lleves cuidado con los canapés, porque me estoy poniendo histérica al verte masticar de nuevo —repuse con el mismo tono de cabrona que había utilizado él antes.

—Sí, me estás dando órdenes. Por favor, dejémoslo estar.

Aquel muchacho, que al principio me había gustado por su apariencia y por su amabilidad, empezaba a mosquearme. Resulta que el tipo estaba siendo bastante capullo conmigo. Lo que menos necesitaba yo ahora, en Bruselas, era un chaval que tuviera un concepto tan equivocado de las mujeres y que me acusara de darle órdenes.

Después del susto de muerte que me había dado con el canapé, no se le ocurrió otra cosa que ponerse a comer a dos carrillos el resto del plato.

Mis relaciones con otros hombres habían estado precisamente marcadas por este tipo de conductas. Me daba cuenta que, conforme los hombres cumplían años, se volvían más tontos y más insoportables. Ahora tenía delante de mí a un compañero de la misma empresa que, sin conocerme de nada, se estaba comportando como un auténtico niño de teta.

—Si me atraganto otra vez, ni te acerques. ¿Te has pensado que mi espalda era un saco de boxeo?

—Eres muy gracioso, ¿no? —dije yo con ironía, demostrándole que sus comentarios y chistecitos no me hacían ninguna gracia ahora mismo.

—Bueno, perdona si te estoy molestando. Perdona, Hanna. No era mi intención. Ni mucho menos, ¿sabes?

—Pues ha habido un momento en que he pensado que estaba delante de un auténtico gilipollas. Y de eso entiendo un rato —añadí yo lanzándole un gancho en toda la mandíbula.

—Eres de armas tomar. No era mi intención. Lo siento.

Parecía que aquel chico volvía a recuperar el sentido. Pero yo ya estaba bastante mosqueada con esa actitud. No sabía qué pensar de Rodrigo. Sus últimos comentarios no me habían hecho ninguna gracia. Si era listo e inteligente, se daría cuenta de que mi cara no era ni mucho menos la que había mostrado al principio cuando me senté junto a él y pedimos las cervezas.

—Bueno, Hanna, ahora me tendrás que llevar contigo. Sin móvil, no soy nada. Espero encontrar una tienda pronto. ¿No te importa, mientras tanto, que use el tuyo para algunas consultas en Internet? —dijo ya con un tono más amable.

—No te preocupes. Todo sea por el bien de la empresa, Rodrigo.

—Es verdad. Todo sea por el bien de la empresa. Pero recuérdame que no me meta contigo —volvió a ese tono de broma.

—¿Por qué? —pregunté yo haciéndome la ingenua.

—Porque me he dado cuenta de que tienes mucha fuerza. Fuerza bruta.

—Mira, chaval, te va a librar de que eres parte de la empresa y necesitas mi móvil. Pero, cuando consigas un teléfono, te quiero fuera de mi vista, ¿me oyes?

—No quería ...

—No me valen más disculpas. Déjalo, por favor —lo interrumpí con un tono molesto.

Rodrigo pagó la cuenta y nos marchamos de allí. No sabía si había hecho bien en prestarle mi ayuda a aquel compañero de empresa. No sabía muy bien a lo que jugaba, pero, ahora que lo tenía cerca, estaba bien, bien bueno.

CAPÍTULO 2



No sabía qué hacía exactamente con aquel chico a mi lado. Pero la verdad es que, pese a esa pequeña pelea que habíamos tenido, donde él me había parecido un poco idiota, no me desagradaba tenerlo a mi lado.

No debía fiarme, pero tengo que confesar que Rodrigo era un hombre que estaba para mojar pan. Estaba buenísimo. Ahora me había dado cuenta bien. En otras circunstancias, no me hubiera importado llevármelo a un hotel y haber pasado varios días sin salir de la habitación.

Tengo que confesar también que no es la primera vez que me había encaprichado de algún hombre al poco de conocerlo. Gran parte de los fracasos amorosos que había tenido anteriormente se debía a que me había enamorado de la persona equivocada. Y, a veces, sin saber por qué, surgen ese tipo de flechazos y te ves envuelta en un lío amoroso del que luego no sabes cómo salir. No era el caso. Solo era atracción sexual en el caso de Rodrigo.

Aunque no lo creáis, yo estaba fantaseando con su cuerpo, ahora que iba a mi lado. Después del susto que me había dado y de sus puyitas en plena conversación, yo no dejaba de pensar en cómo estaría Rodrigo desnudo. Su cuerpo atlético, sus hombros rectos y cierto toque de distinción al caminar hacían que aquel hombre me sedujera.

Si le preguntas a mi amiga Marta sobre el culo de los hombres, te dirá que a ella lo que le gusta de verdad en un tío es sobre todo su inteligencia, la mirada y su conversación. Pero te está mintiendo. A

todas las tías nos gusta mirar el culo de los hombres. Y eso es lo que me estaba sucediendo en aquel momento.

Y debo reconocer que Rodrigo tenía un buen culo, además de unas espaldas anchas que había trabajado duramente en el gimnasio. Sin saber por qué, yo me estaba excitando por momentos. Pero no debía olvidar que él estaba junto a Natalia y, aunque no se llevaban bien por lo que pude escuchar, yo tenía que ser lo suficientemente elegante para respetar esa relación.

Ahora faltaba que aquel chico no la fuera a joder otra vez con alguno de sus comentarios. Algunos de ellos me habían sentado muy mal minutos antes. Al menos se disculpó.

Ahora bien, mis relaciones anteriores habían fracasado por eso, precisamente. Porque me había fijado solo en el físico y luego los tipos habían resultado ser unos auténticos cabrones, unos traidores en toda regla.

Mientras caminábamos por algunas calles de Bruselas, Rodrigo quiso entablar conmigo una conversación amistosa que pronto dio lugar a la confesión de alguna intimidad que yo escuché atentamente.

—No he querido dar la impresión de ser un idiota. Estoy muy nervioso y a veces pierdo el control de la situación —dijo con tono de disculpa.

—Lo del canapé sí que me ha puesto nerviosa. Y no te digo nada cuando he visto que hacías trizas el móvil contra el suelo —dije yo sonriendo.

—No es la primera vez que me pasa. Me desespero cuando veo que Natalia se pone así de celosa. No salgo apenas de casa. Soy una persona de costumbres sencillas. De mi trabajo al gimnasio y del gimnasio a casa —apuntó con cierto tono de desengaño en su voz.

Lo sabía. El tío estaba yendo al gimnasio. Lo que daría yo por verlo en el vestuario, recién salido de la ducha o en esas máquinas de pesas fortaleciendo aquel cuerpo que, ahora, una camisa y una chaqueta muy elegantes cubrían para mi desgracia. No quería fantasear.

Pero no sé lo que me estaba sucediendo y no podía dejar de pensar en él, comparándolo con un actor de cine. Él había dicho antes que no era Richard Gere, pero yo estaba cada vez más convencida de que tenía algo que lo hacía especial. Ayudaba a eso que se estaba mostrando más más amable y más

confiado. Me daba cuenta de que también era una persona con la que se podía hablar tranquilamente de cualquier cosa.

—No sabía que ibas al gimnasio, Rodrigo. Pero ahora que lo dices, se te nota. Se te ve que estás en forma —dije como si no me hubiese dado cuenta...

—Gracias, por el piropo. Tú también te cuidas. Veo que tienes un cuerpo estupendo, Hanna. Debes hacer mucho deporte, ¿verdad?

Yo no había hecho deporte en mi vida. Sí que debo reconocer que tengo un cuerpo bonito. Pero porque la naturaleza me lo había dado. Mi madre había llegado a ser reina de las fiestas de su pueblo, precisamente por la cintura de avispa que tenía. Yo había heredado su genética, pero no quiero irme del tema. Mentí como una bellaca y le dije a Rodrigo que sí, que me cuidaba muchísimo, que todos los días hacía spinning y Pilates en un gimnasio que estaba muy cerca de casa. Aún me pesaba en el estómago el gofre que me había tomado horas antes.

—La verdad es que hago mucho deporte, Rodrigo. Me quita el estrés del trabajo. En general, me gusta cuidarme. Luego, me puedo beber las cervezas muy a gusto, sin tener miedo a engordar —dije yo tan feliz sin que él se diera cuenta de que todo lo que le estaba diciendo era una auténtica mentira.

¿Cómo podía ser tan falsa? La única razón de que me estuviera comportando así es que aquel chico, según pasaban los minutos, me caía en gracia y me iba gustando estar a su lado. No quiero que entendáis esto como un flechazo, sino que simplemente no me habría importado hacer algo con Rodrigo, algún número del Kamasutra que, con aquel cuerpo y con aquel entrenamiento que llevaba encima, seguro que le salía a las mil maravillas.

—Hanna, me alegra saber eso. Natalia no quiere hacer nada de ejercicio. Siempre ha tenido un cuerpo precioso y vigila su alimentación, pero me encantaría que hiciéramos deporte juntos. Todavía no lo he logrado —dijo él con resignación.

—Es una pena, Rodrigo. Con algunas parejas con las que salí les pasaba lo mismo. No querían hacer cosas conmigo —volví a mentir.

—No me digas. Es triste saber eso. Duele que la persona a la que quieres no quiera pasárselo bien compartiendo su tiempo en actividades tan saludables como hacer footing o montar en bicicleta —el tono de su voz era un poco más alegre.

Desde luego, no se podía ser más mentirosa que yo en aquel momento. Las parejas con las que había salido solo pensaban en llevarme a la cama y poco más como pasar el tiempo en la barra del bar, comer en un restaurante barato de carretera o permanecer callados dentro del coche en algún descampado para luego desahogarnos con el sexo simplemente. Mis relaciones habían durado muy poco porque los hombres con los que yo había salido no tenían ningún atractivo, a diferencia de Rodrigo, cuyo cuerpo y ese culo duro y redondo llamaban enseguida la atención. Ahora vino lo peor. No sé cómo no pude estar atenta a la jugada.

—Se me ocurre una idea, Hanna. ¿Por qué no quedamos mañana temprano para hacer footing por la ciudad? Será una experiencia estupenda. ¿Qué te parece?

En aquel momento tragué saliva. En mi vida había hecho footing. La única carrera que hacía una vez al año era la que hacían junto a todas aquellas cincuentonas que esperaban ansiosas a que abrieran los grandes almacenes en las rebajas. Bueno, además de correr, allí había que practicar boxeo y lucha libre para conseguir una prenda que deseabas. No supe qué contestar en aquel momento. Tragué saliva otra vez. Cada una de mis mentiras me iba a pasar factura.

Pero ahora no podía decir que no. Iba a quedar como una farsante si me negaba. Y a Rodrigo lo veía bastante ilusionado con que yo lo acompañara a hacer footing. A mí se me ocurrían otras cosas para gastar nuestras energías por la mañana una vez que uno despertaba y se quedaba en la cama. Pero no me atrevía a decírselo. Dije que sí, que estaría bien, pero me inventé una excusa rápidamente. No había traído ropa deportiva a Bruselas.

—Lo siento. Pero tengo un problema, Rodrigo.

—¿Qué problema? —dijo él intrigado.

—No me he traído ropa adecuada para hacer deporte. No pensaba traerme mi bolsa del gimnasio. No entraba en mis planes salir a hacer footing por Bruselas. Entiéndeme —dijo yo un tanto aliviada al inventarme una excusa tan buena.

Pero Rodrigo era un hombre hábil y, como buen comercial, encontró una solución rápidamente.

—No es problema. Seguro que encontramos alguna tienda de ropa. Con una camiseta y un pantalón de lycra bastará, Hanna. Me hace mucha ilusión que me acompañes.

—La verdad es que no se me había ocurrido —añadí yo con un tono un tanto fastidioso.

—Bueno, solo es una sugerencia. Pero me ha emocionado mucho pensar que podrías hacer deporte conmigo. Pero, si no te apetece, no pasa nada. Lo haré solo —dijo él poniendo cara triste.

No podía permitirme en aquel momento quedar como una auténtica idiota. Tampoco iba a decirle que le había mentado así que, ni corta ni perezosa, me aventuré a hacer footing con él a la mañana siguiente. Compraríamos ropa deportiva y solo esperaba que mi cuerpo respondiera físicamente a la carrera. Pero me temía que aquello iba a ser un desastre y que las agujetas iban a marcar el resto de mi vida. No podía hacer otra cosa porque, en aquellos instantes me di cuenta de que Rodrigo podía ser más que un simple acompañante durante esos tres días que teníamos dedicados a las reuniones de empresa.

Encontramos en una pequeña plaza una tienda de ropa deportiva. ¡Qué casualidad! Y no habíamos encontrado todavía ni una sola tienda de móviles. Entramos y nos atendió enseguida una muchacha muy simpática.

Rodrigo se había manejarse muy bien en inglés y me sorprendió su destreza a la hora de hablarlo. Yo estaba prendada, porque daba gusto ver que, por primera vez en mucho tiempo, estaba acompañada por un hombre con recursos, nada que ver con los tipos con los que había perdido el tiempo en otras relaciones. Nos acompañó aquella muchacha a la zona de ropa deportiva femenina. Yo no tenía ni idea de lo que tenía que ponerme para hacer footing, pero intenté demostrar que sabía las prendas que tenía que elegir.

Cogí camiseta, pantalones de lycra, y también elegí un sujetador deportivo que me pareció muy bonito por el color rosa.

Lo que más me sorprendió es que Rodrigo no se iba nunca de mi lado. Esperaba a que saliera del probador para comprobar que había elegido la ropa adecuada. Por un lado, podría pensar que aquello era típico de un hombre muy descarado y sin ningún tipo de vergüenza, pero, por otro lado, me hacía mucha gracia que él estuviera allí, como una especie de asesor personal. En el fondo, no me importaba que él me viera con aquel equipo deportivo ya puesto.

Creo que, de forma inconsciente, nos estábamos acercando el uno al otro. No tardé en salir. Al mirarme en el espejo, me di cuenta de que mi cuerpo todavía reunía las condiciones para destacar sobre el cuerpo de otras mujeres. Estaba radiante, estaba buenísima.

Al verme así, Rodrigo no se iba a quedar indiferente. Y así fue. Cuando salí del probador, pude ver que su cara cambió repentinamente. Una alegría interior se reflejó en su forma de mirarme. Yo creo que, por dentro, estaba pensando que yo era una mujer impresionante.

—¿Cómo me queda? —dije yo haciéndome la tonta.

—Estás fabulosa, Hanna. Te sienta genial. Se amolda a tu cuerpo perfectamente.

—No sé si probarme otra cosa. Voy a ver —dije con descaro y con intención de provocarle.

Volví al vestidor, sonriendo como si fuera una quinceañera que se prueba ropa con sus amigas una vez que han acabado las clases del instituto. Rodrigo esperaba fuera y el hecho de que se hubiera mostrado tan ilusionado hizo que yo me creciera. Así que me probé nuevos modelitos que le sorprendieron gratamente. Sus ojos hacían chiribitas y pude ver que empezaba a sudar al verme salir del probador una y otra vez.

El colmo fue cuando me atreví a probarme el sujetador deportivo. La muchacha que nos había atendido debía pensar que estábamos haciendo una auténtica locura, que estábamos recreando algún tipo de fantasía sexual.

—¿Y este cómo me queda? —seguía yo preguntando.

—No sé qué decir. Me gustaba más el primero, Hanna —decía él con voz temblorosa.

—De acuerdo, volveré a probármelo y tú ya me dices si estoy mejor que con este.

—Sí, sí, yo te lo confirmo —apuntó él sin dejar de sudar.

La pregunta era qué demonios estaba haciendo yo en un probador de una tienda de ropa deportiva en mitad de Bruselas. También había otra pregunta y era la siguiente: qué estaba haciendo yo probándome modelitos de lencería, porque no se podían definir de otra forma aquellas prendas deportivas. Y delante de un extraño. Porque Rodrigo no dejaba de ser un extraño. En aquel momento, ese tipo de pensamientos no se me pasaban por la cabeza. Solo intentaba gustar a aquel chico, cuyo culo seguía motivándome. En el fondo, me estaba comportando como una niña pequeña, porque lo que estaba haciendo era una travesura que podía costarle su relación con Natalia. Pero yo no era consciente de esas acciones.

Cuando salí por última vez con el modelo que me había probado al principio, me di cuenta de que Rodrigo estaba sudando como un pollo. Me reí al ver que aquel chico se encontraba incómodo, pero que no me quitaba ojo de encima. Al final elegimos ese conjunto y salimos a la caja y pagamos. La muchacha ya no era tan simpática, tenía una cara de perro, cuando tomó la tarjeta de crédito de Rodrigo, que daba miedo. No nos dio ni siquiera las gracias.

Creo que estaba más que mosqueada. Pensaba que éramos dos locos o depravados que nos habíamos escapado del manicomio.

Rodrigo me miraba ya con otros ojos.

—Bueno, pues vamos a buscar la dichosa tienda de móviles —dije yo con total desenfado, feliz.

—Sí, vamos a buscar la tienda de móviles cuanto antes —en su voz noté mucho nerviosismo.

Yo creo que se había puesto cachondo. De repente, me detuve en mitad de la calle.

—Rodrigo, se nos ha olvidado comprar las zapatillas. Solo me he traído tacones —dije yo contrariada.

—Es verdad. No he caído yo tampoco en la cuenta.

De nuevo volvimos a entrar en la tienda. No voy a decir la cara que nos puso la dependienta al vernos entrar nuevamente. Pero yo necesitaba calzado adecuado para hacer la maratón que me iba a costar un infarto al día siguiente. En esta ocasión, la dependienta no se fue de nuestro lado.

Sospechaba que volviéramos a hacer otro numerito como el que habíamos hecho antes. Encontré unas zapatillas blancas muy bonitas, pero Rodrigo me dijo que eran zapatillas de tenista. Creo que había metido la pata, creo que, por un momento, se dio cuenta de que yo no tenía ni idea de hacer deporte ni nada por el estilo.

Al final elegimos el calzado adecuado. Me las probé y Rodrigo, cerca de mí, me informaba sobre el material de las zapatillas. Yo no me estaba enterado de nada. Tenía la atención puesta en otro sitio y no era precisamente en sus ojos.

Si él se había dado cuenta, en algún momento, de que yo no tenía ni idea de lo que me estaba

contando, no lo demostraba. Me seguía el juego y yo le seguí el juego a él.

Cargados con las bolsas, salimos de nuevo a la calle. La dependienta con cara de perro ni nos miró a los ojos cuando se cobró las zapatillas. Yo creo que pensaba que todo aquello formaba parte de un programa de esos de cámara oculta.

Me sentía distinta. Allí estaba yo, la experta en Pilates y en spinning. Madre mía, la que me esperaba al día siguiente. Menudo madrugón para que aquel chico me viera tirar los pulmones por la boca nada más dar la vuelta a la esquina.

Pero, no iba a pensar en eso. Alguna excusa se me ocurriría para evitar el problema.

Lo que más me mosqueaba de todo esto, era que Rodrigo llevaba varias horas sin móvil y no lo había necesitado para nada.

CAPÍTULO 3



Cruzada de brazos, apretando el agarre cada vez más. A ese paso me iba a hacer daño. Pero o era eso, o soltarme las manos y estamparle mi puño en la cara al tal Rodrigo.

Ya me había vuelto a sacar de quicio. Por Dios, ¡la que estaba liando para un móvil!

—Este es de última generación... —la dependienta le mostró el móvil número mil y él la interrumpió en el acto.

—No —dijo inmediatamente.

—¿Por qué no? —pregunté intentando tener paciencia, pero eso ya lo había perdido hacía como media hora, el tiempo que llevábamos mirando decenas de trastos de esos.

—Porque el servicio técnico de esa marca no es bueno —él se encogió de hombros.

—Dices lo mismo de todas, ¿cuántos móviles has tenido? —ya soné desesperada.

—Bastantes, no me duran mucho.

—Normal si estrellas uno cada vez que te enfadas... —resoplé.

—Fue la primera vez que hice eso —replicó mirándome fijamente, hasta que sus ojos bajaron a mis pechos, enseñaba demasiado en esa postura, y volvió rápidamente la cabeza hacia la dependienta, quien se mantenía en silencio y nos miraba casi sin pestañear, como buen maniquí —. Dejemos esa marca mejor —le dijo a la chica, la que, sin mostrar ni un ápice de sus emociones, lo guardó y fue a por otro.

—Rodrigo, es solo un móvil —resoplé—. Coge el que sea y en España lo cambias.

—Oh, si pensaba hacer eso, pero es que ninguno me gusta.

Desesperada era poco. Lo iba a matar. Me daban ganas de estrangularlo. Respiré profundamente y cerré los ojos mientras pedía ayuda divina. No entendía cómo un hombre al que acababa de conocer, podía sacarme tan rápidamente de mi quicio. Es que no siquiera entendía por qué seguía ayudándolo. ¿Por qué me metía en esos líos?

Es un compañero de la empresa, ten consideración, me decía una voz en la cabeza.

¡Y un cuerno! Iba a dejarlo allí. Solo, que se buscara la vida, yo no tenía nada que ver.

Y mis ganas de deshacerme de él aumentaron cuando lo vi pagando el móvil. ¡El primer móvil que le había enseñado! Maldito hombre.

—Ya nos podemos ir.

Giré la cabeza cuando me habló, estaba aguantando la puerta para que yo saliera. Me había quedado pensando y no me había dado cuenta.

—Por fin elegiste —dije borde cuando salí y comenzamos a caminar.

—No es que me guste mucho, ya en España miraré mejor.

—Entiendo... —una coletilla, claro, porque no entendía nada. Lo único que sacaba en claro es que era peor que un dolor de cabeza— ¿Le pusiste la tarjeta ya?

—No.

Y esperé que contestara algo más, no sé, quizás algo como: Ahora me paro y la pongo, o la pongo

al llegar al hotel... Pero nada, seguía caminando como si con eso fuera suficiente.

—¿Por qué no? —insistí.

Lo mío era masoquismo puro y duro, no tenía otra explicación. ¿Qué demonios me importaba a mí por qué no ponía la tarjeta? Que hiciera lo que quisiera.

—No pienso usar el móvil.

Me tropecé con mis propios pies, no sé cómo lo hice.

—Debes de mirar por dónde pisas —dijo tras soltarme el brazo que me había agarrado para evitar que me cayera.

—¿Qué quieres decir con que no piensas usar el móvil? —me coloqué frente a él y me crucé de brazos.

—Pues eso, que no lo usaré.

—¿Y para qué lo compras?

—Por si necesito usarlo para una emergencia y tú no estás cerca.

—Que es lo más normal, que yo no esté cerca —intenté hacerle entender como si fuera un niño pequeño.

—Bueno, estaremos el fin de semana aquí, nos veremos mucho, seguro que te tengo cerca como para no necesitar mi móvil.

—¿Lo estás diciendo en serio? —pregunté con la boca abierta, casi me llega la mandíbula al suelo, como en los dibujos animados. Tuve que cerrarme la boca con la mano.

—Sí —y sí, ese sí sonó muy serio.

—No hay quien te entienda —negué con la cabeza, pero no pude evitar reír, todo eso era más que surrealista.

—Voy a estar pocos días aquí, no me apetece volver a discutir.

—¿Lo dices por tu mujer? —pregunté, en ese momento entendiendo.

—Sí, a saber, la de veces que me habrá llamado ya. Y como comprenderás, no pienso arruinar mi estancia en esta ciudad. Quiero estar tranquilo.

—Te va a matar por eso —seguí riendo. En el fondo era divertido, aunque me sacara de mis casillas.

—Eso lo enfrentaré cuando llegue el momento. Ahora tenemos que ir a comer —cambió de tema.

—¿Nosotros? —¿por qué me incluía a mí en sus planes?

—Claro, estoy muerto de hambre y seguro que tú también. Encontraremos algún lugar donde se coma bien.

—Pero Rodrigo, yo no...

Tengo hambre, así terminaba la frase que iba a decir antes de que él, sin mediar palabra, tirara de mi brazo para hacerme andar hacia un restaurante cercano.

Estaba claro que ese hombre no admitía una negativa, y que a mí me encantaban los líos. Porque, si no, no entendía por qué me dejaba guiar.

Tomamos asiento en una pequeña mesa que había colocada fuera del restaurante y esperamos a que el camarero trajera la botella de vino que Rodrigo había pedido.

—No sé si te gustará la comida típica de aquí, pero hay de todo —dijo mirando la carta.

—Eso lo podías haber pensado antes de obligarme a venir contigo.

Soné muy sarcástica, lo sé, pero es que tenía que decírselo, no podía callarme. Si me mordía la lengua, me envenenaba. Levantó la mirada de la carta que estaba leyendo y me miró con ojos arrepentidos.

—Lo siento, estoy bastante nervioso y no me doy cuenta de cómo actúo.

—Mira, Rodrigo, no te conozco, pero empieza a relajarte. Más que nada, porque si no te relajas, me vas a alterar, y si me alteras, vamos a acabar muy mal —dije enfadada.

—¿No te apetecía comer conmigo?

—No es eso —el arrepentimiento en mi voz—. Pero es que ni siquiera me lo preguntaste.

—Lo siento —torció el gesto—. ¿Te apetecería almorzar conmigo? —preguntó, ofreciéndome una enorme sonrisa.

Una sonrisa que me hizo sentir escalofríos. Ese hombre tenía algo especial, en su mirada, y ahora sabía que también en su sonrisa. Aparte de que estaba para mojar pan y no dejar de comer en horas, pero ese era otro tema en el que no iba a entrar. Sobre todo, porque tenía pareja, ni en broma me metía yo en una relación por pasar un buen rato. Y no dudaba que, con él, el rato sería muy... pero que muy bueno.

De repente, un calor empezó a propagarse por mi cuerpo, mis mejillas se tiñeron de rojo, no me las veía, pero no hacía falta, lo notaba. Y todo porque mi mente había imaginado demasiado.

—¿Estás bien?

—Sí —mentí—, solo es el calor. Por el vino.

—Aún no lo hemos tomado —una sonrisa de lado apareció en su cara, sabía de más lo que me pasaba y yo quería que la tierra me tragase.

—Por la falta de vino —alegué tontamente.

—Ya... —rio por lo bajo— Mejor cuéntame de ti, ¿llevas mucho en la empresa?

—Ocho años ya —comencé, agradecida porque el tema fuera sobre algo seguro—, pero hace dos meses que me ascendieron a Directora de Marketing y este es mi primer viaje ejerciendo como tal —el camarero llegó con la botella y sirvió ambas copas. No tardé en beberme media, tenía la garganta seca ya, no sabía por qué me había puesto tan nerviosa de repente.

—Vaya, se te ve muy joven para llevar ya ocho años allí.

—Ni tan joven, 32 acabo de hacer —mis labios hicieron una mueca.

—¿32? Pues aparentas menos.

—Gracias por el piropo —sonreí.

Pero no era momento para ese tipo de comentarios, iba a empezar a sufrir los calores de nuevo y no podía permitirlo.

—¿Y tú? ¿Llevas mucho allí?

—Toda la vida, siempre trabajé allí. Peor no me apetece hablar de trabajo —se encogió de hombros y cortó el tema rápidamente.

—Estamos en un viaje de negocios, ¿cómo no vamos a hablar de negocios?

—Estoy a punto de almorzar con una chica guapísima, encantadora, a la que saco de quicio rápidamente... —sonrió— No, no quiero hablar de trabajo —me guiñó un ojo y yo di gracias a los dioses porque en ese preciso instante me mandaran al camarero y Rodrigo dejara de mirarme.

No estaba roja, no, estaba como un salmonete. ¿Pero qué me estaba pasando? Lo mismo me desquiciaba, que me ponía nerviosa. Lo mismo quería estrangularlo, que me hacía reír.

No sabía por qué, pero tenía claro que Rodrigo iba a marcar ese fin de semana en Bélgica.

La comida estaba realmente deliciosa. Después de un buen café y un pastel de postre, nos levantamos y comenzamos a caminar.

Estábamos tan ensimismados con el entorno que íbamos viendo, que ni cuenta nos dimos de cómo de rápido había pasado el tiempo.

Me senté en el poyete de una pequeña fuente que había en medio de una plaza para descansar los pies.

Suspiré y levanté la mirada. Rodrigo tenía la cabeza girada y yo pude observar su perfil. Era un hombre muy atractivo, me llamaban bastante la atención sus rasgos.

—¿Cansada? —preguntó al mirarme.

—Un poco —intenté disimular para que no notara que lo había estado mirando.

—Tranquila, cenaremos pronto y nos iremos a descansar —se calló y observó la expresión de mi cara—. Porque quieres cenar conmigo, ¿verdad? —otra vez esa hermosa sonrisa en sus labios.

Me reí a carcajadas, no pude controlarme. Definitivamente, iba a ser un viaje muy interesante.

CAPÍTULO 4



Estaba sentada en ese precioso restaurante que él había escogido, cada vez me sentía mejor, hacía que todo fuera más divertido y sobre todo excitante, quién me iba a decir a mí, que nada más llegar a Bruselas, iba a conocer a un español e iba a pasar el día con él.

—No nos hemos separado en todo el día.

—Normal, me has secuestrado...

—Si claro, ahora el muerto para mí.

—Es así y lo sabes —saqué la lengua.

—La próxima vez que me la saques. ¡Te la corto!

—¿Ah, sí? Menos lobos, caperucita —dije buscándolo más.

—Lástima que estoy casado —guiñó su ojo, yo me quedé sonrojada por esa frase.

—¿Qué si no? —pregunté intentando provocar una respuesta que quizá era la que deseaba.

—Nada —negó sonriendo con su cabeza.

—¿Nada? Así que eres un cobarde... ¡Me lo temía!

—¿Cobarde? ¿Yo? ¡Me estas provocando! Si no estuviera casado ya tendrías la boca taponada.

—¿La boca tapada? ¿Cómo? Estas delirando....

En ese momento el camarero nos trajo el vino, nos sirvió las dos copas mientras nos mirábamos de forma cómplice, eso de tapar la boca nos había dejado a los dos al borde del precipicio, por lo menos a mí, ya quisiera yo que me la tapase todo el fin de semana, sonreí mirándolo mientras lo pensaba.

—Me da a mí que tienes mucho peligro...

—¿Yo? Te recuerdo que el que estas aquí cenando estando casado, eres tú... — dije chulescamente.

—No estoy haciendo nada malo —hizo una mueca con sus labios.

—Pues mete la tarjeta en el móvil, nos tiramos un selfie y se lo mandas a tu mujer, me gustaría ver qué opina... —dije aguantando la risa.

—Eres muy mala... —movía su copa mientras me miraba seductoramente.

—¿Qué hice para que supongas eso? —pregunté intentando imitar su cara.

—Nada, hazte la tonta que se te da muy bien...

—Quizá, es que no soy tan lista como tú —guiñé mi ojo.

—Así que mañana nos vamos a ir a correr...

—Eso, cambia el tema —dije intentando retomar la conversación.

—¿No prefieres que lo haga?

—No me gustan las conversaciones a media —dije mientras bebía de la copa de vino.

—Si no estuviera casado, antes de la comida, ya te habría besado. ¿Contenta? —preguntó guiñando el ojo, mientras yo me sonrojaba del todo.

—Contenta estaría si no estuvieras casado —saqué la lengua y reí, estaba de los nervios, pero yo ya se lo había soltado.

—¿En serio lo dices? —preguntó intrigado.

—¿Te interesa saberlo?

—Solo es curiosidad...

—Pues si solo es eso, puedes seguir con la duda.

—Repito. ¡Eres malísima!

—Sí, claro, yo también repito que no soy la que está casada...

—¿Te gustaría estarlo?

—No he encontrado a mi príncipe azul todavía, así que no me llama la atención...

—No te hagas la tonta, sabes a qué me refiero, si te gustaría ser a ti la que estuviese casada conmigo...

—¡Ni que fueras Richard Gere! —bromeé con lo que él dijo al principio.

—¡Muy buena esa!

—Me has enseñado tú.

Nos pasamos toda la cena tirándonos indirectas que quedaban a medias tintas, cada momento que pasaba a su lado se me hacía más interesante, me estaba dando morbo cualquier situación con él, me estaba empezando a dar cuenta de que había sido todo un flechazo.

Cuando salimos del local, nos fuimos a una terraza a tomar una copa, la noche estaba espectacular, no me apetecía ir para el hotel, el mismo, que irónicamente estaba él alojado.

—¿Sabes una cosa? —dijo mientras metía el dedo en el vaso para meter el limón hacía dentro—
Me quedaría contigo aquí un mes...

—Ya, claro, tres días tardaría tu mujer en venir a buscarte.

—¡Antipática! Digo algo bonito y me cortas entero.

—Realidad, Rodrigo, realidad... —saqué mi lengua.

—Sigues provocándome sacando la lengua, la próxima vez no respondo —dijo en tono serio.

—No es mi problema que te lo tomes como una provocación —guiñé un ojo.

—Ni el mío que seas tan bonita —me miró fijamente, provocándome con un gesto muy seductor.

—¿Me estas tirando los tejos? —pregunté avergonzada en plan broma.

—¿Yo? Para nada...

—¡Pues lo parecía!

—Ya quisieras...

—¿Yo?

—No te hagas la tonta... —seguía provocándome con su firmeza.

—Me parece que el único que ya quisiera, serías tú, ese que me ha secuestrado todo el día, ese que intenta provocarme y no puede más que darse dos chocazos, eso te pasa por ser un señor casado... —
volví a sacar la lengua.

—Vuelves a sacarme la lengua, eres muy atrevida. ¿No?

—Lo suficiente como para sacarte de quicio...

—Te avisé que no volvieras a hacerlo, en cualquier momento pagarás las consecuencias... —

guiñó su ojo.

—No me das miedo...

—Por favor, no pretendía eso, suelo dar otras cosas, pero no miedo... —seguía provocando y a mí me gustaba.

—Qué chulo eres, juegas a la ambigüedad, pero recuerda, torres más altas han caído...

—Entendido, a eso me refiero, torres más altas cayeron —volvió a guiñar el ojo en un amago de demostrar total seguridad.

Volvió a pedir otras dos copas, me puse las manos sobre la cara.

—En serio... ¿Vamos a estar de copas y mañana pretendes que me vaya a correr?

—Así mismo, tú lo has dicho. ¡Clarísimo, vamos!

—No lo tengas tan claro, tú te vienes conmigo y recuerda que vas a ser mi lapa hasta que volvamos a España.

—Pero... ¿Tú que te crees mi jefe?

—Podría serlo...

—Por ser, podría ser yo tu hija...

—Ahí te has pasado —soltó una carcajada mientras negaba con la cabeza.

—Bueno, tú que no lo quieres ver.

—¿En qué planta te ha tocado?

—No te entiendo.

—Planta del hotel...

—En la cuarta. ¿Y tú?

—En esa misma —sonrió maléficamente.

—¿Qué número, señor Rodrigo? —pregunté presintiendo lo peor, o lo mejor, según como se mire.

—Cuatrocientos tres...

—Perfecto, la siguiente a la mía, yo la cuatrocientos uno —solté una carcajada.

—Mejor, así te tengo controlada...

—¡Ni que fueras mi esposo!

—Ya quisieras, va, si estás soñando y fantaseando con eso, Hanna, no me seas más tímida — bromeaba para buscar que saltara.

—Si estuviera deseando, ya hubiera roto tu matrimonio desde esta mañana que te entregué tu móvil — volví a soltar una carcajada, me había pasado, pero la culpa fue de su provocación.

—¿En serio? ¿Cómo lo hubieras conseguido? Cuéntame, va, me interesa escucharte — cruzó sus piernas y se dejó de caer sobre brazo de la silla, apoyando su barbilla sobre sus dedos.

—Paso de desvelar mis más guardados secretos... —dije chulescamente.

—¿Guardados secretos? —se puso las manos sobre la cara muerto de risa.

—Deja de beber, que el alcohol te sienta muy mal.

—Pues créeme, me está sentando genial...

Me estaba divirtiendo de lo lindo, realmente estaba deseando que ocurriese algo entre nosotros, pero por momentos volvía a la realidad y me percataba de que no era libre, que tenía un compromiso con una mujer y precisamente yo no era.

No dieron en aquella terraza las dos de la madrugada, estábamos achispados, el hotel ya sí que

nos pillaba lejos, le sugerí coger un taxi, negó con la cabeza y nos pusimos a caminar, la verdad que la noche invitaba a ello.

Llegamos al hotel y fuimos directo para la habitación, al llegar a mi puerta, me dio un abrazo que me dejó sin saber reaccionar, luego besó mi frente y me advirtió que por la mañana después del desayuno nos íbamos a correr.

A correr... ¡Una mierda! Yo paso de correr que eso es de cobarde, se me tenía que ocurrir algo para joder el plan, pero no se me ocurría absolutamente nada,

Me tiré en la cama reventada, ni en mis mayores sueños hubiera imaginado un día tan movidito y sorprendente como el de hoy, había algo que me decía que ya Rodrigo iba a ser alguien que no olvidaría en mi vida, ojalá no hubiera estado casado, pero tenía que ser consciente de que sí que lo era...

CAPÍTULO 5



Pesadillas había tenido esa noche. Pero pesadillas horribles, de esas con las que te levantas sudando. No podía ni respirar cuando abrí los ojos, cogía aire como podía. Y claro, era normal. Me había pasado la noche haciendo ejercicio.

Pero no un ejercicio cualquiera, no. Ejercicio de verdad, de ese que quería hacer Rodrigo esa mañana. No recuerdo mucho del sueño, solo que parecía un pato mareado mientras intentaba seguir los pasos de un chico negro de dos metros que se movía, bailando, como si flotara. El hombre, que parecía más un ropero empotrado, ni sudaba. Todo lo contrario, a mí, quien, no solo en el sueño, si no que me levanté igual, directa para la ducha.

Solo por soñar algo así, tenía que haberme hecho perder al mínimo... No sé, pero dos o tres kilos, seguro, sin ser exagerada.

Terminé de vestirme con la ropa deportiva que me había comprado el día anterior, me recogí el pelo en una cola alta y salí de la habitación dispuesta a comerme una vaca si la encontraba. Después de todo lo que iba a pasar esa mañana, qué menos que hacerlo con el estómago lleno.

Bajé hasta el restaurante del hotel por las escaleras, maldiciendo y resoplando, intentando encontrar una manera de librarme de Rodrigo. Bueno, no de él exactamente, porque algo me llamaba la atención, pero sí de hacer deporte.

Era una vaga, lo sabía, pero el deporte no iba conmigo. Ver a la gente correr por la calle me hacía preguntarme si es que eran tontos o qué. Y si hablamos de un gimnasio ya... ¿Para qué? Tíos cachos, ahí, sudando y enseñando músculos, con esos culos prietos, esos brazos contrayéndose, duros, esa...

Me tropecé con un escalón y no rodé escaleras debajo de milagro... y porque solo me faltaban por bajar dos escalones, menos mal.

Resoplaba y resoplaba cuando entré en el restaurante del hotel. Fui directa hasta los croissants. Los había de todo tipo: simples, con relleno de chocolate, de crema, grandes, pequeños, pegajosos, blandos, más crujientes.... La cara se me puso como la de los emoticonos de WhatsApp, con los dos corazoncitos en los ojos.

Cogí una bandeja y un plato cuando ya decidí con cuál de ellos empezaría, porque que me comía más de uno, lo haría.

—Buenos días.

A la mierda el croissant. Se me cayó de las manos, o, mejor dicho, lo tiré como si quemara cuando esa voz me habló. Gemí, cerré los ojos con fuerza, pidiendo que siguiera en mi pesadilla. No podía ser que se me hubiera jodido también el desayuno, ¿verdad?

—Buenos días, Rodrigo —planté una falsa sonrisa en mi cara al girarme y verlo. Y no porque me desagradara lo más mínimo verlo, para nada, estaba guapísimo con ese pelo engominado y esos ojos aún algo cerrados de haberse despertado hacía poco, sino porque, si él estaba allí, no podría comerme el maldito croissant—. ¿Qué haces aquí?

—Me hospedo aquí, ¿recuerdas?

—Oh, sí, no podría olvidarlo —seguía sonriendo, a falsa, cuando quería, no me ganaba nadie, pero a mí en ese momento solo me importaba mi croissant.

—¿Aún no desayunaste?

—No, venía a ello. Algo rápido antes de ir a hacer deporte.

—Sí, me pasa igual, no me entra mucho por las mañanas. Una vez que hago ejercicio, ya vuelvo

hambriento.

—Sé lo que es eso —ni de coña lo sabía, pero ¿qué podía decir?

—Pues me alegra que estés aquí, así no desayuno solo. Siéntate y yo te llevo lo que me digas.

—Oh, gracias. Lo mismo que tú —le dije, rogando porque desayunara, al menos, una tostada. Pero como comía poco antes de hacer deporte... El Karma se estaba riendo de mí, o Rodrigo era el gafe en persona. ¡Qué importaba ya! A la mierda mi croissant.

—¿Seguro?

—Sí —asentí con toda la seguridad que pude.

—Bien, ¿cómo te gusta el café?

—Con leche, desnatada, claro, y sacarina —puse cara de asco interiormente, eso tenía que estar vomitivo.

—Pues coge mesa, enseguida lo llevo.

Me di la vuelta y me senté en la última mesa, al lado de un gran ventanal que daba a la calle. Intenté pensar en positivo y también en cómo me iba a hartar una vez que me despidiera de Rodrigo, tenía que haber alguna forma de conseguir grasas o a mí me iba a dar un maldito infarto.

Miraba por la ventana cuando Rodrigo llegó con la bandeja del desayuno, la puso en la mesa y me obligué a permanecer impasible y no mostrar ningún tipo de emoción con mi cara, que no se viera reflejado cómo, de repente, se me había revuelto el estómago.

Me puso mi taza de café delante y se levantó alegando que se le había olvidado la sacarina, mi momento perfecto para dejar que el escalofrío que llevaba aguantando desde que vi tanta fruta, me recorriera el cuerpo, no era bueno guardarse las cosas así.

Miré mi café con miedo, como si me fuera a morder, levanté la mirada cuando me pusieron delante un plato con mi croissant favorito.

—Tranquila, tú café es con leche normal, aquí tienes el azúcar y el croissant —me guiñó el ojo y empezó a reírse a carcajadas.

En parte me sentí aliviada, pero por otra, avergonzada. ¿Tan evidente había sido? ¿No había disimulado bien? Joder, menudo mal rato para nada.

—Lo siento —resoplé.

—Tranquila, no pasa nada. Pero no tienes que mentirme, es tu cuerpo, come lo que quieras.

—Ya, no sé por qué lo hice. Me sentí un poco avergonzada.

—¿Por querer comerte un croissant?

—No sé... —le eché el azúcar a mi café, removí y le di un sorbo.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—Claro.

—Cuando termino de hacer ejercicio, me como al menos dos de esos —rio.

—No me lo puedo creer —reí también.

—Es cierto, acabo hambriento, y lo único que me apetecen son grasas y azúcar. Y claro, uno es débil y cae —me guiñó el ojo y no sé por qué sentí que el comentario iba con doble sentido.

Me obligué a ignorarlo y empecé a devorar mi croissant, no pude evitar gemir cuando metí el primer pedazo en la boca. Abrí los ojos, los había cerrado por puro placer y me encontré con la fija mirada de mi acompañante, observando mis labios. Y yo, que había leído muchas novelas y había visto cientos de comedias románticas en televisión, hice lo que siempre quise hacer, me pasé la lengua, rezando para que se viera sensual, por mis labios.

Su mirada voló directamente a mis ojos y, según creí ver en ellos, mi gesto le había afectado. Me sentí poderosa en ese momento. Y estúpida, no sabía por qué demonios había hecho eso, era un hombre con pareja, pero, como me decía mi abuela de pequeña, a lo hecho, pecho.

Desayunamos con un poco de tensión, nerviosos, no tenía que haber hecho eso, había hecho que el ambiente entre nosotros estuviera extraño.

Salimos del hotel en silencio y comenzamos a caminar por la calle. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas y de insultarme mentalmente por la estupidez anterior, pero, cuando doblamos la esquina y vi la larga avenida que teníamos delante y supe que íbamos a empezar a correr en breve, mi único miedo era hacer eso.

Tenía que inventarme algo, lo que fuera, y tenía que ser ya.

—¿Lista? —por fin había hablado, aunque si era para hacerme esa pregunta, ya podía haberse callado.

—Yo es que antes hago unos diez minutos de estiramientos —improvisé, presa del pánico, estaba cansada y todavía no había empezado. Esa pesadilla me había marcado de por vida.

—Ah, claro, yo es que soy demasiado bruto —cuando dijo eso, mi mente se preguntó si lo sería también en el sexo. Mierda, no podía pensar eso.

Me acerqué a un banco cercano y volví a improvisar, de algo serviría ser observadora, y yo me fijaba bastante en los tíos que hacían estiramientos por la calle, o en sus culos, para qué mentir.

Apoyé un pie en el banco y empecé a estirar. Hice una mueca cuando mi rodilla crujió y esperaba que Rodrigo no lo hubiera escuchado, pero la risita que escuché a mi espalda me dijo que sí lo había hecho. Miré para atrás y lo fulminé con la mirada.

—Llevo varios días sin hacer ejercicio —dije altanera.

—Sí, lo entiendo —afirmó repetidamente con la cabeza—. Si no te apetece, tampoco pasa nada.

—Oh, no, yo adoro hacerlo, te llena de energía y vitalidad —mentir se iba a volver compulsivo a este paso.

Me giré y seguí a lo mío. Estiramiento por aquí, otro por allá. Diez minutos así y me di la vuelta. Y casi me caigo de espaldas al encontrarme con su culo en esa posición. Joder, qué culo...

Carraspeé y él se incorporó, girándose para mirarme.

—¿Preparada?

—Totalmente —claro que no, fue lo que quise decir, eso y que se agachara de nuevo que me encantaba la vista. Estaba teniendo un grave problema...

Ahí entré en pánico, la avenida se veía kilométrica, eso no tenía fin y yo no iba a durar ni tres segundos, pero ¿cómo podía salir de eso?

—¡Ay!

Ya estaba, ni lo pensé. Fue de esas cosas que haces a lo loco. Me caí al suelo, fingiendo que me había torcido el pie. Y el grito fue de lo más creíble, hubo gente que se acercó, asustada. Podía ser una clara candidata a los Goya.

Rodrigo, asustado, se agachó rápidamente, el pobre tenía la cara descompuesta.

—Mierda, ¿estás bien?

—Mi pie —gemí—. ¡Me duele mi pie!

—Tranquila, agárrate a mí.

Me agarré a su cuello cuando me cogió en brazos para levantarme, me dejó sobre un banco y se agachó a mirarme el pie.

—Pero ¿qué ha pasado?

—No sé, no sé qué pasó —di gracias ser de lágrima fácil y poder llorar sin ayuda. Bueno, me había pellizcado bastante fuerte para eso, pero en fin... —¡Mi pie! —no podía ser más dramática.

Rodrigo quitó mi zapato y movió mi pie un poco. Yo gemí de dolor, fingiendo, me mordía el labio, lo que fuera para seguir en mi papel.

—No veo nada raro, no está roto, quizás un leve esguince.

—Oh, pero duele —dije sorbiendo.

—Sí, imagino. Pero es extraño. ¿Te tropezaste?

—Suelo ser patosa —fue lo único que se me ocurrió.

—Vaya, pues mala suerte, con las ganas que tenías de hacer ejercicio.

—Sí, el Karma será, siempre me la juega.

—Debemos volver al hotel, ponerte un poco de hielo e ir a que te vea un médico.

—Oh, no —mierda, eso no—. Me pasa muchas veces, tengo los huesos de mantequilla, en poco tiempo estará mejor.

—Pero deberías tener el pie en alto —dijo con el ceño fruncido.

—Tranquilo, podré caminar, aunque no muy rápido. Hay muchas cosas que ver —a ver cómo salía de esa.

—Está bien, pero si veo que te duele, te llevaré a la cama. A tu cama, a ti. Esto... —se calló y yo sonreí ante su nerviosismo.

—Vale —afirmé—, algo caliente me vendría bien.

—¿Para la hinchazón?

—No... Para el estómago. Los nervios, ya sabes.

—Te traeré algo —se levantó rápidamente. Ni de coña iba a quedarme ahí sola.

—No, podemos ir, cojeando, pero iré.

—Hanna...

—Estoy bien, de verdad. Y me pongo muy nerviosa, necesito un té caliente y relajarme.

Me levanté e hice como que me molestaba apoyar el pie. Rodrigo me agarró por la cintura, haciendo que parte de mi peso cayera sobre él. Vaya, no me había dado cuenta de lo bien que olía.

—Esto es una putada —resopló él cuando empezábamos a caminar.

—No quiero fastidiarte, yo me quedo en el bar, tú vete a correr.

—No lo digo por eso y, por supuesto, no voy a dejarte sola. Lo digo por esta noche.

—¿Qué pasa esta noche?

—Con un esguince, no podrás bailar, ¿no?

Maldición, ¿ahora cómo arreglaba eso?

Pasamos la mañana sentados en el restaurante, era la hora de almorzar y seguíamos ahí, en mala hora había fingido nada. Eso sin contar que ahora tenía que arreglar la metedura de pata, nunca mejor dicho, para que mi supuesto pie dañado estuviera bien para la fiesta de esa noche.

—¿Por qué no te gusta hablar de trabajo? —pregunté curiosa, eso y porque necesitaba hablar de algo.

—Trabajamos muchas horas, tú lo sabes, mi tiempo libre prefiero invertirlo en otras cosas.

—Ya, eso lo entiendo. Pero me pareció una respuesta cortante la que me diste.

—No, solo que estaba enfadado, ya sabes —se disculpó por lo de su mujer—. Llevo toda la vida en esta empresa, me encanta mi trabajo y espero seguir aquí mucho tiempo. He cambiado varias veces de ciudad, pero ahora llevo un tiempo estable en esta.

La conversación fue amena y me gustó conocer cosas sobre él. Sobre todo, sobre su familia. Tenía un hermano más pequeño que se casaría pronto y sus padres aún vivían, se notaba que era un hombre muy familiar y eso me encantaba.

Tras el café de después de comer, nos fuimos caminando de vuelta al hotel.

—Voy a descansar un rato, esta noche será larga.

—Claro —sonreí—, allí nos vemos.

—Bien, iría contigo, pero tengo un compromiso antes, así que allí estaré contigo.

—Perfecto —empezaba a ponerme nerviosa, ¡parecía una cita!

—No llegues tarde —me guiñó el ojo y abrió la puerta de su habitación—. Ah, y Hanna...

—¿Sí? —saqué la cabeza, ya estaba dentro de mi dormitorio cuando escuché la voz.

—Me alegro que tu pie esté perfecto, no has vuelto a cojear.

—Oh, soy de curación rápida —dije roja como un tomate.

—Y anti ejercicio —rio a carcajadas y entró en su cuarto.

Me quedé a cuadros, seguro que lo sabía desde el principio y me había dejado armar todo ese paripé.

En vez de enfadarme, me divirtió el tema. Una estúpida sonrisa apareció en mi cara. Sí, me encantaba ese hombre...

CAPÍTULO 6



Nerviosa, me veía esplendida, estaba radiante, me había ondulado las puntas de la melena y ese vestido por encima de la rodilla me sentaba genial, me pinté los labios de color rojo pasión, no paraba de mirarme al espejo.

Me monté en el taxi que me llevaría al evento, al entrar, estaba nerviosa y no veía por ningún lado a Rodrigo, eso me hacía poner más atacada.

—Estás preciosa, Hanna —dijo mi compañero Sam mientras cogía dos copas de champán de uno de los camareros que estaban por el evento.

—Gracias. Mucha gente, ¿verdad?

—Este año vienen todos los jefes, así que hay muchas personas en representación de todas las oficinas.

—¡Vivan los ricos!

—Hanna, tú bebe y reza para que todo pase rápido, tanto protocolo agobia.

—A mí también, pero ya sabes que Sergio, si no venimos, nos va a crucificar todo el año...

—Pensé que, como otros años, sería en mesas todos sentados, no en estos taburetes con mini barra por todos lados —se quejó.

—Mejor, Sam, así estamos más libres para movernos, lo otro te obliga a estar sentado en una mesa, sonriendo fingidamente al extraño que te toque enfrente.

—Tú siempre tan positiva, a mí me pica ya el culo, quiero que esto termine, tengo ganas de volver.

—Joder, hijo, disfruta un poco. ¿Hiciste turismo?

—¡Claro! De terraza en terraza tomando cervezas con Jesús —dijo señalando para la puerta viendo que aparecía.

—Por favor, parecéis de pasarela —dijo Jesús acercándose.

—Tú también estas muy guapo —respondí mientras observaba por todo el salón, no encontraba a Rodrigo.

Peter Lambaree, como todos los años, dio comienzo a la ceremonia, era el hijo del único dueño de “Medison” que conocía, Sam y Jesús no paraban de bromear por lo bajito, metiéndose con aquel chico, yo aguantaba para no reír, pero me faltaba nada para estallar.

Empezó a dar el discurso que aburría cada vez más, por fin ya decía que acababa, así que llamó uno por uno a los cinco socios para concluir la presentación y ya todo sería más fácil de llevar, copas, canapés y aguantar el tipo un rato, yo solo quería ver a mi Rodrigo.

—Por último, os quiero presentar a otro de los jefazos que completan esta empresa, Rodrigo.

En ese momento levanté la mirada de nuevo al escenario, no me lo podía creer, era él, encima era uno de los dueños. ¡Mi jefe! Y yo... ¡Me quería morir!

—No me lo puedo creer —dije negando con la cabeza.

—¿Qué te pasa, Hanna? —preguntó Sam, siempre estaba pendiente a mí, como Jesús, en la empresa nos llamaba el trio tarará.

—No me vais a creer...

—¡Suelta! —dijo Jesús impaciente—. Parece que vistes al diablo.

—Ese Rodrigo... —señalé al escenario— Lo conocí ayer por la mañana, pasamos el día juntos, hoy también, no sabía que... ¡era mi jefe!

—¿Te estas quedando con nosotros? —preguntó Sam.

—¡Que no! Es verdad, me dijo que trabajaba en esta empresa, pero claro, no me dijo que era el jefe. ¡Ay, Dios! La de cosas y burradas que le he soltado...

—¿Os habéis liado? —Jesús estaba de lo más intrigado e impactado—Dime que os habéis liado y que vas a ser la dueña consorte de nuestra empresa —bromeó.

—No, está casado...

—¿Y? Estos millonarios no son hombres de una sola mujer —dijo Sam.

—Estoy flipando en colores —negué con la cabeza y luego me bebí la tercera copa de champán de un solo trago.

—¿Has vuelto a quedar con él? —Sam estaba intrigadísimo con todo.

—Quedamos en que aquí nos veríamos, además que mañana, pasaríamos el último día juntos por la ciudad, como venimos haciendo estos dos días, pero... ¿Con qué cara lo miro ahora? Antes lo mandaba a paseo cuando me daba la gana ¡Ahora no podría! Lo que no me pase a mí...

—Tía, tíratelo y le pides un aumento de sueldo —bromeó Sam.

—Eso quisiera yo... —agarré otra copa de champán.

—Seguro que a él no le importaría ¿Verdad Sam?

—¡Callaos! Estoy pensando en salir sin que me vean, me quiero morir, la tierra me debe de tragar,

la de cosas que le he soltado a ese... —hice un gesto con la cara señalando a Rodrigo que ya se bajaba del escenario.

—¿Tan grave ha sido lo que le has soltado? —Jesús estaba descojonado y tenía ganas de saber más.

—A veces fui borde, chula, vamos, todo lo que ya no podré ser a partir de ahora, me están temblando todas las piernas, si antes lo veía todo complicado, ahora me quiero tirar de un séptimo piso.

—Mejor tíratelo a él y luego nos consigue una subida de sueldo a todos —bromeó Sam

—¿Yo? Vamos, ahora no sé ni siquiera si me iré a pasar el día con él, solo de pensarlo se me pone la piel de gallina. ¡Mi jefe! Lo que me faltaba...—dije mientras notaba que estaban blancos, me extrañaba que ya no se rieran.

—Sí, tu jefe —dijo la voz de Rodrigo por atrás a mi oído.

¡Mierda! ¡Me había escuchado!

—Hola, soy Rodrigo. ¿Y vosotros?

—Yo soy Jesús y él es Sam, los tres estamos en el mismo departamento —dijo nervioso, ver a Rodrigo le había impactado.

—Así que... ¿No vendrías a comer conmigo porque soy tu jefe? —preguntó sin cortarse un pelo delante de mis compis, encima con ese tono tan seductor, yo no podía ni hablar.

—Rodrigo, no me lo esperaba.

—Nunca me preguntaste el papel que desarrollaba en la empresa, yo, en cambio, sí lo hice contigo —guiñó su ojo como él solo sabía hacerlo.

—Bueno, nosotros vamos allí a saludar a otros compis —dijo Jesús agarrando a Sam para retirarse.

Allí nos dejaron solos, ante mi nerviosismo y su seguridad, ahora se veía más fuerte, le notaba

más subido, pero hasta eso... ¡Me ponía!

—Rodrigo, yo...

—Me gustó ver que, al no saber que era tu jefe, podías comportarte con naturalidad.

—¡Qué vergüenza! Solo de pensar las cosas que te dije...

—Deja de pensar —dijo mientras ponía otra copa en mis manos.

—¡No me lo puedo creer! —volví a negar con la cabeza ante su risa.

—Ven, sígueme...

Y así hice, subimos en el ascensor hasta la parte más alta del edificio, allí había una preciosa terraza que se podía observar gran parte de la ciudad, las luces de las farolas iluminaban ese precioso espectáculo que daba la noche desde allí arriba, había en las calles mucho movimiento, apenas eran las diez de la noche y hacía un tiempo espectacular, encima sábado, era imposible que la gente se quedará en casa metido.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro, dime...

—Siendo el dueño. ¿Cómo que no trajiste a tu mujer y evitaste esa bronca?

—Verás... —soltó una preciosa sonrisa— Natalia es muy especial, mejor no traerla a estos sitios, lo hice en varias ocasiones y decidimos que no más, para colmo se lleva fatal con una de las mujeres de uno de mis socios, no se tragan, así que, por el bien de la empresa y la unanimidad con ellos, decidimos que las mujeres se quedaran en casa. De todas formas, Natalia prefiere quedarse en Galicia, con sus compras, sus cosas y sacarme de quicio telefónicamente —rio.

—Debes viajar mucho.

—Bueno, una vez al mes, al igual que nuestras broncas —guiñó un ojo.

—¿Cuándo estás en casa no las tenéis?

—Qué va, aunque yo me paso todo el día fuera trabajando, a ella le tranquiliza que estoy cerca, así que se va de compras, con sus amigas a comer y eso, está entretenida, lo que peor lleva son mis viajes.

—Entiendo...

—Estás preciosas, por cierto.

—Gracias —me sonrojé—. Me impactó mucho cuando te nombraron y descubrí que eras tú... —solté una carcajada.

—Sabía que sucedería. Por eso no te dije de venir conmigo, pues había quedado antes con mis socios, pero me hubiera encantado ver tu cara, sabía que sería un poema.

—Creo que no, me salió tipo terror.

—¡Qué exagerada eres!

—El dueño... ¡Para matarme!

—Sigo siendo el mismo, independientemente del cargo.

—Sí, claro, lo mismo es tener un sueldo que tener una cuenta bancaria como la de ustedes —solté una risa mientras ponía los ojos en blanco—. Ahora te voy a tener que llamar Señor Rodrigo —bromeé.

—Nooooo, por favor...

En ese momento me dio un abrazo y un beso en la frente, con todo su cariño, no quise pensar que fuera de otra forma ¡Ya quisiera yo! Aunque en esos momentos lo único que quería que me tragase era la faz de la tierra.

Aquellas vistas hacían que me sintiera que el mundo era solo nuestro, arriba del todo, los dos solos, con esas emociones que solo él conseguía que recorriesen mi piel, estaba a muchos metros sobre el suelo, pero lo que más me hacía elevarme, era estar a su lado.

—No te muevas, ahora vengo...

Allí me dejó, saqué del bolso un paquete de tabaco, aunque apenas fumaba, había ocasiones en que sí lo hacía y ahora era una, lo que más deseaba inhalar era aquella nicotina.

Volvió con un camarero, que traía una bandeja con una botella de vino y dos copas, además de unos platos con diferentes canapés, lo apoyó sobre el muro que daba a la calle, allí nos dejó todo y se marchó.

—Qué buena pinta todo.

—Pues aprovecha, jamás olvidará este momento, no siempre se toma algo en lo alto de un edificio en todo el centro de Bruselas, con estas vistas y esta noche.

—Eso es verdad...

—¿Verdad como tu caída de esta mañana? —soltó una carcajada.

—Bueno, va, es verdad, odio el deporte, soy muy floja para eso, gracias a Dios que tengo una anatomía muy buena —saqué la lengua.

—¿Otra vez la lengua? —dijo poniendo cara sensual.

—Sí, eres tú el que me buscas...

—Hasta ahora no te mentí en nada —guiñó su ojo.

—Bueno, pero has ocultado información, puedes llamarlo como quieras.

—Sí, claro, lo mismo es que mentir...

En ese momento se pegó a mí y me dio un abrazo, de esos que duran un rato, con sus labios pegado a mi cuello, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Quédate solo esta noche —dijo ante mi sorpresa.

—Claro, me tengo que quedar, hasta el lunes a las siete de la mañana no sale mi vuelo.

—Sabes a que me refiero —dijo mirándome fijamente a los ojos.

—No. No lo sé... —intenté hacerme la tonta, pero realmente no quería meter la pata, no quería ser tan ilusa de pensar que me estaba pidiendo algo que yo deseaba y que así no fuera.

—Quiero que no te separes de mí hasta que nos vayamos...

—Tranquilo, nos vamos de turismo mañana y listo —dije haciéndome la loca.

—Repito, quiero que te quedes esta noche conmigo.

—Vale, pues cuando esto termine nos vamos de fiesta.

—¿Solo de fiesta? —su confianza cada vez me ponía más nerviosa.

—No te entiendo. ¿Por qué no hablas claro? —no sabía yo si quería escucharlo, pero me arriesgué y se lo pregunté.

En esos momentos me estampó un beso en los labios, suave, despacito, lo seguí, ese beso cogía cada vez más calidez, los dos lo estábamos deseando, duró un buen rato, aunque a mí se me paso volando.

—¿Lo entiendes ya? —preguntó sin dejar de soltarme de la cintura.

—Me ha quedado clarísimo —dije mordisqueándome el labio, estaba nerviosa y claramente ese beso me había puesto a mil.

—Entonces... ¿Qué me dices?

—Me parece perfecto —dije mientras él volvía a tirarse de forma más salvaje a mis labios, cosa que me hizo excitarme del tirón, por mí que me hubiese desnudado allí mismo, lo deseaba, estaba claro que lo deseaba.

—Bueno, volvemos un rato a la fiesta y luego nos vamos —dijo mientras agarraba mi mano y me sacaba de aquella terraza.

Volvimos a la fiesta como si nada hubiese pasado, él fue a hablar con gente de su empresa y yo me fui con Jesús y Sam que hablaban con el director general de nuestra oficina.

Lo veía a lo lejos, me parecía de lo más seductor y más aún después de haber probado sus labios, esos que sabía que a partir de ahora me volverían loca.

En esos momentos comenzó a sonar la música, él me miró desde lejos, hizo señas hacia arriba, quería que estuviera atenta a esa canción, una canción que tenía más años que el arroz, pero de esas que nunca dejan de sonar, de esas que animan momentos sociales como este.

Felicidad

es un viaje lejano mano con mano, la felicidad.

Tu mirada inocente entre la gente, la felicidad.

*Es saber que mi sueño ya tiene dueño, la felicidad,
felicidad.*

Felicidad

es la playa en la noche, ola de espuma que viene y que va,

es tu piel bronceada bajo la almohada, la felicidad.

*Apagar tantas luces y hacer las paces, la felicidad,
felicidad.*

Felicidad

es un trago de vino por el camino, la felicidad.

Es vivir el cariño como los niños, la felicidad.

*Es sentarme en tu coche y volar con la noche, la felicidad,
felicidad.*

Sonreí, lo miraba desde lo lejos, él también sonreía, vi cómo se despedía de ellos y venía hacia mí cantando, me hizo señas para que me acercase.

—Dentro de un rato, cuando me veas salir del salón, sígueme, te espero en la esquina de la derecha de la calle —dijo mientras le cogía dos copas al camarero y me daba una.

—Vale —dije avergonzada, me estaba poniendo cada vez más alterada, jamás recordaba que ningún hombre me hubiera hecho sentir lo que él estaba logrando conseguir.

Me guiñó el ojo y se fue a seguir hablando con otras personas, volví a acercarme a mis amigos que ya se habían quedado solo.

—Chica, de esta te suben el sueldo, fijo, le estaba diciendo a Jesús que ese está encoñado contigo.

—Callad, me ha pedido que pase la noche con él —conté a mis compis con los que tenía completa confianza desde hacía años, jamás harían nada que me pudiera perjudicar.

—Ese quiere tema que te quema —dijo Sam.

—¿Quién te dice que yo no? —pregunté sacando la lengua.

—Esta noche arde Bruselas, ¡sois mis ídolos! —bromeó Sam.

—Solo será una noche, está casado —dije poniendo cara triste.

—Lo mismo se da cuenta que no puede vivir sin ti y deja a su mujer y tenéis un final feliz como en los cuentos —dijo Jesús.

—O como en las películas de terror, que se entere su mujer y la despidan y encima le mande a un matón a sueldo para quitarla de en medio —bromeó Sam.

—¡Iros a la mierda! —reí de escucharlos.

En ese momento miré de nuevo a Rodrigo y le hice yo señas para que escuchara el tema que estaba sonando en esos momentos.

Ya no me pinto mi sonrisa nueva para recibirte

Ya no me muero por besar tus labios ni quemar tu piel

Ya no me rompo la esperanza a golpes contra tu inconsciencia

Murió mi paciencia y ahora estoy despierta y no me quedan ganas para verte más

*Ya no recuerdo que me hizo un día quedarme a tú lado
Por más que quiera no recuerdo qué pude encontrar en ti
He estado ciega demasiado tiempo, y ahora estoy cansada de seguirte el juego
Cuando nazca el alba estaré muy lejos, muy lejos de ti
No te puedo creer
Ya ni quiero creerte
Te olvidaste de mí
Me tenías enfrente
Esta idiota se va
Voy a cambiar mi suerte
Ya no temo tu voz, tú, tú me has hecho más fuerte...*

Intenté no reírme, lo miraba de vez en cuando viendo que escuchaba atento la canción y su gesto era un poema, era como si le hubiera roto el momento romántico, mis compis, que se habían dado cuenta, no tardaron en pronunciarse.

—Qué cabrona eres, así no te sube el sueldo en la vida, es más, te veo con el finiquito sobre la mesa —dijo Sam negando con la cabeza, descojonado ante la risa y mirada cómplice de Jesús, los dos se entendían a la perfección.

—Le cambió la cara con mi tema dedicado, sí, le cambió y mucho... por lo que estoy viendo.

—Las mujeres sois malas por naturaleza, luego venís diciendo que os tratamos mal, pero es que no veas como nos buscáis, con lo tranquilito que estaba el pobre hombre —dijo Sam.

—Sí, claro, lo dices precisamente por aquel que está casado y me ha pedido que pase la noche con él. Luego somos nosotros las malas —hice un gesto de mueca con los labios.

—Pero es que tú lo vas a permitir, así que sois los dos iguales de malos —atacó Jesús.

—No, perdona, yo no estoy comprometida con nadie, menos aún casada, así que ese es su problema y solo suyo, él fue el que le prometió amor eterno, no yo, que ni siquiera la conozco —volví a fruncir los labios.

—Pero éticamente, tampoco está bien por tu parte, estas incitando a hacer algo que no te gustaría que hiciesen contigo —respondió Sam.

—¿Ustedes me vais a venir a hablar de ética? Te recuerdo, Jesús, que te liaste con la antigua secretaria y no estaba precisamente soltera, es más, si no recuerdo mal... ¿Tenía 3 hijos? — pregunté irónicamente.

—Pero es que Carmen necesitaba amor.

—Y este un buen polvo. ¡No te jode! —solté ante la risa de estos dos.

—Qué bruta eres, con lo fina que pareces, desde luego que como dice éste, todas las mujeres son iguales —bromeó.

—Sois unos envidiosos, que vuestro mejor plan para esta noche, es emborracharos e iros a dormir y encima juntos —seguí buscando sus malas lenguas que tanta gracia me hacían.

—¡Qué sabrás tú! Tenemos un mejor plan que ponernos esta noche en las manos de nuestro jefe —soltó Sam.

—Ya quisierais, chavales —saqué la lengua.

—Sam y yo nos vamos a un club privado que nos han invitado y por lo visto nos esperan las mujeres más exuberantes de todo Bélgica.

—Sí, claro que os han invitado, vamos, que os han dado una tarjeta para invitaros a un club de esos de lucecitas, en fin, para lo que habéis quedado —dije negando con la cabeza mientras sonreía y ponía los ojos en blanco.

—¡Qué va! Una fiesta privada que nos ha pagado un jeque a Jesús y a mí, nosotros también tenemos amigos influyentes, sin necesidad de tenérsela que chupar.

—¡Qué bruto, por Dios!

—Quién fue a hablar, la de que Rodrigo está a falta de un buen polvo —dijo Sam.

En ese momento vi que Rodrigo se acercaba al encargado de la música y le decía algo, el chico tocó algo y comenzó a sonar una canción que hizo que a él le provocara una sonrisa y mirara a donde yo

estaba, seguidamente salió mientras la escuchaba hacía la calle, en señal de que yo lo siguiera, tal como habíamos pactado.

Escuché unos instantes esa canción antes de dirigirme hacía la puerta.

Yo pienso que no son tan inútiles las noches que te di.

Te marchas y qué, yo no intento discutirte,

Lo sabes y lo sé.

Al menos quédate sólo esta noche,

Prometo no tocarte, está segura,

Tal vez es que me voy sintiendo solo,

Porque conozco esa sonrisa tan definitiva,

Tu sonrisa que a mí mismo me abrió tu paraíso.

Se dice que con cada hombre hay una como tú,

Pero mi sitio luego lo ocuparás con alguno

Igual que yo, mejor, lo dudo.

¿Por qué esta vez agachas la mirada,

Me pides que sigamos siendo amigos?

¿amigos para qué, maldita sea?

A un amigo lo perdono, pero a tú te amo,

Pueden parecer banales mis instintos naturales.

Hay una cosa que yo no te he dicho aún,

Que mis problemas, ¿sabes qué? se llaman: "tú".

Sólo por eso tú me ves hacerme el duro

Para sentirme un poquito más seguro...

CAPÍTULO 7



Salí de aquel edificio y giré hacia la esquina, como él me indicó, lo vi a lo lejos, me miraba con media sonrisa y ojos de querer una explicación.

—Así que... ¿Esa canción tan fea me dedicaste, no? —dijo mientras ponía su mano sobre mi hombro y comenzábamos a caminar.

—No, solo te dije que la escucharas...

—Ya, hazte ahora la ingenua, con la canción tan bonita que yo te había dedicado...

—Ah, pensé que también era solo escucharla.

—Sí, claro, ahora haces la que no te enteras de nada, esta me la pagas —dijo agachando sus labios y besando mi cabeza.

—¿Dónde vamos?

—No lo sé, al primer pub que veamos animado y que no haya exceso de ruido.

—Perfecto, mira aquel que buenas barras en la calle, nos podemos apoyar ahí y tomar algo, el tiempo está perfecto.

Cruzó la calle, iba llevándome de la mano, nos plantamos en una de esas barras individuales de madera que había fuera del pub, él pidió dos copas sin preguntarme, me gustaba eso, que decidiera por las dos.

—Te voy a recordar siempre —dijo llevando su mano hacia sus labios.

—Ni que me fuera a morir —respondí poniendo ojos en blanco, en el fondo me dolía saber que aquello tenía fecha de caducidad.

—No, no te vas a morir, pero sí que te echaré mucho de menos —dijo volviendo a besar mi mano.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro, dime.

—¿Eres feliz con Natalia? —pregunté aun sabiendo que me estaba metiendo donde no me llamaban.

—Soy feliz porque yo lo soy por naturaleza, soy una persona conformista, intento disfrutar con mi trabajo, con las cosas que me gustan y que me importan, quizá, es verdad que Natalia no es un ejemplo de mujer, pero yo tampoco lo soy de hombre. Creo que nadie llegamos a ser perfectos, cuando deseamos algo es porque algo te llamó la atención como otra cosa no lo hizo, eso me pasó con ella. Sí es cierto que todo al principio era más efusivo, ella era más creativa, pasional, luchadora, trabajadora.... Cuando nos casamos, dejó de trabajar, obvio que ya no le hacía falta y se preocupó en ocupar su tiempo con cosas que la hacían más feliz, pero no sé, se empezó a olvidar un poco de mí, la relación pasó a ser menos fogosa, pero no por eso la he dejado de querer, ni ella a mí tampoco, pero la pasión sí que desapareció, no por eso me he perdido en otros brazos, hasta ahora —puso ojos en blanco—. ¿Te he respondido? —volvió a besar mi mano.

—Sí y no, vamos, como le pasa a la mayoría de los matrimonios...

—Debe ser.

Me abrazó, para luego darme un intenso y precioso beso, de esos que te hacen ver el cielo del

mejor color y eso que era de noche.

—Esta noche duermes conmigo —dijo mientras me abrazaba y luego me miraba sonriente.

—¿Viene eso en el contrato?

—Sí, en el tuyo había una letra pequeña que no leíste.

—Lo dudo, pues por leer leo hasta los prospectos —saqué la lengua.

—¿Te gusta leer?

—Me encanta, todas las semanas leo dos libros.

—¿Qué lees?

—De todo, me gustan todos los géneros, pero leo últimamente mucha romántica.

—¿Romántica? Así que te va la romántica, es bueno saberlo...

—También leo erótica, por si te interesa también anotarlo —bromeé para buscarlo.

—Luego te pondré a prueba.

—¿No me digas que tienes un cuarto y una mente como la de Grey?

—¿Eso te gustaría? —sonrió pícaramente.

—No, porque seguramente serías una copia barata —hice una mueca provocativa con mis labios.

—O ser un ejemplar exclusivo —guiñó su ojo, soltó la copa sobre la mesa y me apretó por las caderas hacía el, propinando un fuerte beso en mis labios para luego separarse y sonreír.

—No te hago yo a ti muy duro —solté una carcajada nerviosa.

—Ni yo a ti tan predispuesta...

—¿A qué te refieres con eso?

—Nada, a nada... —me apretó la nalga mientras sonreía.

—Pensé que estabas enfadado conmigo por lo de la canción —volví a recordarle la de Malú que le había dedicado de forma cabrona.

—Debería, pero luego me vengaré.

—¿Luego?

—Te recuerdo que vas a dormir conmigo...

—Sí, dormir, entonces. ¿Por qué te vas a vengar?

—Recuerda lo de ejemplar exclusivo —volvió a pegarme contra él dejando claro lo que luego pasaría.

No me dejó contestar, ese beso fue largo, intenso y muy sensual, tanto que noté que me estaba poniendo a mil por horas. Tras esa copa y casi sin hablar, solo mirándonos, nos fuimos paseando para el hotel, sin mediar palabra abrió la puerta de su habitación y agarrando mi cintura, me hizo pasar hacia dentro.

Me quedé alucinada, para estar puerta con puerta con la mía era totalmente diferente, toda una suite, con botellas caras y unas vistas espectaculares a dos calles, al estar en esquina la hacía especial, estaba cuidada al más mínimo detalle.

—Estás muda, ponte cómoda —dijo mientras servía dos copas.

—Me ha impresionado esta suite —dije mientras me quitaba los zapatos y me iba a mirar por los ventanales.

Se puso detrás de mí, podía sentir su respiración en mi oreja.

—Gracias por quedarte conmigo.

Sonreí ante aquel abrazo que me regalaba rodeando mi cuerpo, besando mi cuello, estaba vibrando con cada roce, Rodrigo sabía sacar la parte más fogosa de mí.

—Tengo un regalo para ti, fui esta mañana temprano a comprarlo, antes del desayuno...

—¿Me has comprado algo? —pregunté curiosa.

—Sí, ¿ves aquella caja que hay encima de aquel mueble?

—Sí —pude observar una preciosa caja negra, elegante, con un lazo gris perla.

—Aquello es para ti.

—No debiste comprar nada, Rodrigo, no era necesario —dije emocionada.

—Solo espero que te guste... —dijo mientras seguía besando mi cuello.

Nos sentamos en el sofá, pusimos las copas sobre la mesita, el subió mis piernas a las suyas y comenzó a acariciarlas, sobre la mesa también la caja con el regalo, pero no me atrevía a tocarla sin que él me diese permiso.

—Me encanta que estés aquí conmigo. Ojalá esta noche nunca acabe—acariciaba mis piernas, casi perdiendo sus manos por debajo de mi traje, llegaba a mis muslos, eso me hacía sentir muy excitada.

—Yo también estoy feliz de estar aquí contigo, Rodrigo.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer por mí?

—No te entiendo... —respondí intrigada.

—Me gustaría que te dejaras llevar...

—¿Y no lo estoy haciendo?

—¿Hasta dónde estás dispuesta a dejarte llevar?

—Sigo sin entenderte, me estás asustando —sonreí tímidamente.

—Ya te dije que era un ejemplar exclusivo...

—¿Y? Me estás poniendo nerviosa —dije mientras notaba que su mano subía más entre mis piernas.

—Eres tú la que lees novela erótica, imagino que nada te asusta —pasó su mano por mis partes por encima de mis bragas, provocando en mí un movimiento debido a la excitación que me estaba provocando— ¿Nunca soñaste ser la protagonista?

—No sé —respondí avergonzada al notar que unos de sus dedos ya estaban introduciéndose en mis partes y me salía un ligero jadeo.

—Relájate —dijo mientras me terminaba de echar hacia atrás con la otra mano. Yo estaba reclinada, él, sentado con mis piernas por encima, estaba cómodo y tenía el control, ahora me tenía completamente tirada, podía hacer lo que quisiera conmigo. —Si en algún momento estás incomoda, solo tienes que decirlo y pararé.

Me separó un poco las piernas, acariciaba mis partes sin dejar de mirarme. Notaba cómo estimulaba con sus dedos mi clítoris, a la vez que se paseaba hasta introducirme los dedos, cada vez notaba que metía más. Luego agarró mis manos, me tiró hacia él y levantó mi vestido para luego tirarlo al suelo, dejándome allí, frente a él, desnuda. Me había quitado todo, yo era incapaz de gesticular palabra, estaba allí tirada de nuevo, en ese gran sofá y él con el control de todo... Todo lo que había fantaseado, pero me imponía y mucho.

Se quitó la corbata y se dejó caer sobre mí, me la puso sobre los ojos y le dio la vuelta, estaba dejándome ahí a su merced y sin poder mirar.

—Rodrigo, yo... —intenté hablar mientras me dejaba a oscuras.

—Shhhhhh —déjate llevar, relájate y disfruta.

En esos momentos noté que cogía la caja, la ponía sobre mis piernas y sacaba algo de ella, luego la volvió a poner sobre la mesa. Se me pasaron mil cosas por la cabeza. Lo primero que aquel regalo era

para ese momento. Estaba claro que algo tenía que ver.

Me abrió un poco más las piernas, luego noté cómo me metía los dedos esparciendo un gel que estaba caliente. Creía que me iba a quemar, pero aguanté mientras jadeaba por aquella situación, esa que sabía que no iba a ser de lo más tradicional, sino todo lo contrario, de esas con las que había fantaseado desde hacía mucho tiempo.

Momentos después sentí cómo me introducía un objeto como si fuera de gelatina dura, el aparato comenzó a vibrar. Yo intentaba cerrar las piernas, pero él me lo impedía, notaba que era grande y grueso, pensé que me reventaría, pero el placer era descomunal, no podía dejar de moverme mientras que él intentaba paralizarme a la vez que los sacaba y metía cada vez de forma más incesante.

Mientras me hacía eso, con su otra mano rozaba fuertemente mi clítoris, cuando estaba ya al límite, lo sacó, levantó mis nalgas y colocó su cabeza sobre mis piernas, para luego hacer que me corriese con su lengua vertiginosa. Creo que mis chillidos debieron de escucharse en toda la planta. Cuando me dejé caer hacía atrás, sentí cómo él se levantaba y se desnudaba, me levantó y me cogió en brazos, luego me llevó a la cama y me puso de espaldas a cuatro patas, sin quitarme la venda de los ojos. Yo pensaba que me moría de esa, cuando me penetró, jamás pensé que lo hiciera con ese ritmo y efusividad, mientras agarraba mis pechos con sus manos y los pellizcaba de forma muy fuerte. No sabía si era capaz de aguantar ese dolor, pero tampoco quería que terminase ese momento, un rato después, me dio la vuelta y me dejó caer frente a él, estaba de rodillas, sentado en la cama y ahí encima, de él, terminó de hacérmelo, mientras volvía a sentir otro orgasmo de esos que me dejaron caer hacía atrás rendida, sin duda, había sido el polvazo del siglo, de esos que jamás imaginas que te pasarán a ti.

Se tiró junto a mí, dándome un fuerte abrazo mientras me quitaba su corbata de los ojos, pude ver una gran sonrisa en su cara.

—¿Bien? —pregunto con una gran sonrisa mientras me abrazaba y besaba mis labios.

—Sí —respondí ruborizada.

—He intentado ser bueno, créeme, me gusta jugar mucho más en el sexo... sobre todo con alguien que me provoca tantos deseos como tú.

—¿Más? Mi mente no da para más, no imagino ese mucho más, ¿qué te faltó, azotarme? —pregunté muerta de risa.

—No me hace falta azotar para hacer disfrutar —volvió a guiñar su ojo.

—Vístete, quiero enseñarte algo —dijo jalando de mis manos y levantándose ante mi asombro.

—¿Dónde vamos? —estaba intrigada por esas prisas.

—A un sitio, señora impaciente.

—Lo digo para ir a mi habitación y ponerme algo más cómodo.

—Claro, tienes tres minutos.

—¡Vale, jefe! —saqué mi lengua.

Fui apresuradamente a la habitación, cinco minutos después llamaba a mi puerta, iba guapísimo, esos tejanos claros que se había puesto con aquella camiseta negra le sentaba de muerte, su pelo hacía atrás lo hacía más sensual aún.

Salimos a la calle, me agarró de la mano y entramos a una especie de mini discoteca, pidió dos copas y sonrió ante mi careto de no entender nada, estaba flipando, me había sacado de la cama para meterme ahí.

—¿Y esto? —pregunté mirando alrededor.

—Es el único local con música latina —guiñó su ojo.

—Hasta ahí llego —dije soltando una carcajada más que nada por la música que estaba sonando y que tanto me gustaba de CNCO.

*Qué bien se ve
Me trae loco su figura
Ese trajecito corto le queda bien
Combinado con su lipstick color café
Qué bien se ve
Me hipnotiza su cintura*

*Cuando baila hasta los dioses la quieren ver
Ya no perderé más tiempo, me acercaré
Yo sólo la miré y me gustó
Me pegué y la invité: "Bailemos, eh?"
La noche está para un reggaetón lento
De esos que no se bailan hace tiempo*

*Yo sólo la miré y me gustó
Me pegué y la invité: "Bailemos, eh?"
La noche está para un reggaetón lento
De esos que no se bailan hace tiempo...*

Me movía a ritmo de la canción, apoyada en la barra, mirándolo mientras tarareaba la letra y cantaba como si fuera para él, el brillo de sus ojos y su sonrisa me hacían ver que se lo estaba pasando bien, que se divertía y disfrutaba de mi compañía, aunque claramente, le llamaba la atención mi espontaneidad y locura.

—Es la primera vez que un hombre me saca de la cama para llevarme a beber y bailar —dije bromeando.

—Señal de que no les importabas —me guiñó su ojo.

—O que me deseaban más que tú —le devolví el guiño—, me han tenido toda una noche en pelotas en la cama —le reté con mi comentario.

—¡Error! Cuando desees a alguien, no solo la quieres para el placer, yo sentí hace un rato mucho placer en esa habitación, pero a mí me gustas tú, con sexo, bailando, hablando, disfrutando, poniéndome histérico, me gustas de todas las maneras. Arriba hemos pasado un buen rato, pues ahora nos toca disfrutar, luego tendremos la oportunidad, cuando regresemos a dormir, de volver a repetir —pellizcó mi mejilla—. Contigo solo me quedan menos de 24 horas, quiero aprovechar cada minuto, que no me quede solo el recuerdo de una noche de sexo, sino de muchos momentos.

—Qué bonito lo que me has dicho —dije poniéndome ñoña y dándole un abrazo, me destrozaba también pensar que me tendría que separar de él.

—Dos chupitos —se dirigió al camarero.

—Nos vamos a emborrachar. ¡Yujuuuuuu! —levanté feliz las manos.

—Lo justo, solo lo justo —dijo apretándome contra él y mordiendo mi labio.

—No quiero que te vayas —lo abracé fuertemente.

—No quiero verte triste —apretó mi cara con sus manos y me dio un fuerte beso en los labios.

Cada vez estaba más animado, comenzó a moverse su esqueleto y vaya lo que tenía guardado... cada movimiento era un deleite, se notaba que bailaba latino tela, vamos, que le salía de lo más sexy y natural.

Después de hacerme bailar con salsa con él, de reírnos bastante y disfrutar como enanos, regresamos al hotel, esta vez paró a un taxi, eran las cinco de la madrugada.

Iba tarareando en el sillón de atrás la canción que había acabado de bailar muy sensualmente con mi jefe, ¡cómo me ponía mi jefe!

*Ese beso de tu boca
Que me sabe a Fruta Fresca,
Que se escapó de tus labios
Y se metió en mi cabeza
Ese beso con que sueño
Cuando las penas me acechan,
Que me lleva al mismo cielo
Y a la tierra me regresa
Que reza, reza, que reza
Y aunque ya no tenga cura
El recuerdo de sus besos
Me lleve hasta la locura
Si, si, si,
Este amor es tan profundo,
Que tú eres mi consentida,
Y que lo sepa todo el mundo
Si, si, si...*

Rodrigo volvía la cabeza hacía atrás y me sonreía, le hacía gracia que la siguiera cantando, el taxista ni se inmutaba, más serio imposible, ese estaba a falta de un buen polvo seguro, pensé.

Entramos al ascensor y Rodrigo le dio al stop, bajó mi pantalón y le dije que ni se le ocurriera, no valió de nada, con toda la habilidad del mundo, se bajó el pantalón, se puso el preservativo y me la metió sin importarle mi negativa.

Le dio al piso 12 y empezó a moverse.

—¡Estás loco! —dije con la respiración acelerada de la excitación.

—Me vuelves loco, relájate, nadie llamara al ascensor a las 5 de la madrugada.

—De esta te mato —sentencié.

Poco después llegando al último piso, dio a stop y volvió a darle, pero esta vez al 2, me veía que así íbamos a estar un rato, estaba asustada por si nos pillaban, pero eso y la efusividad de Rodrigo, me hacían sentir más excitada.

Tras el orgasmo que sentimos a la vez, el soltó una sonrisa de alivio y de risa por la situación que había provocado.

—Estás loco —dije negando con la cabeza y saliendo del ascensor.

—Me vuelves loco —dijo palmeando mi culo.

Entramos a su habitación, cansados, agotados del largo día y sabiendo que ya solo quedaba el domingo para estar juntos, así que dormimos abrazados como si no hubiera un mañana.

CAPÍTULO 8



Abrí los ojos poco a poco y los cerré con fuerza. La luz del sol me daba directamente en la cara y me molestaba demasiado. Me removí un poco en la cama y levanté la cabeza al notar que estaba sola.

Sabía bien dónde me encontraba, había pasado la noche con Rodrigo, ¿y él no estaba en la cama?

Tapándome bien con las sábanas, ya que estaba completamente desnuda, me incorporé y me senté en la cama. Pasé las manos por la cara y por el pelo a la vez que bostezaba.

—Buenos días.

Miré a Rodrigo y sonreí tímidamente. Estaba sentado en un butacón que había frente a la cama, tomándose lo que imaginaba que era café. Solo con los calzoncillos, con su torso desnudo. Iba a empezar a babear...

Dejó la taza en la mesa y se levantó lentamente, acercándose a mí, sin dejar, en ningún momento, de mirarme.

—Buenos días —dije aún avergonzada.

Apoyó una rodilla en la cama y se recostó a mi lado, no sin antes darme un pequeño beso en los labios.

—¿Qué hora es? —pregunté mirándolo.

—Temprano, no hemos dormido mucho.

—Me suelo despertar si me da el sol, por eso duermo con la habitación a oscuras siempre.

—Lo siento, lo recordaré la próxima vez.

Tragué saliva con esa frase, ambos sabíamos que no habría próxima vez. Habíamos pasado una noche increíble, pero ese día terminaría la locura que estábamos haciendo. Él tenía su vida, su pareja y yo tendría que volver a la mía.

Pero era bonito imaginar que podríamos volver a vernos. Y, a la vez, me ponía triste tener que pensar en eso. No había razones, no había sentimientos fuertes, así que no entendía el porqué de esa tristeza repentina.

—¿Por qué esa cara? —preguntó, con su mano comenzó a acariciarme la espalda, un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—De sueño —mentí.

—Mmmm... —me hizo tumbarme a su lado y me destapó de cintura para arriba, dejando mis pechos libres— Deberíamos dormir un poco más —sus dedos, en ese momento, acariciaban mis pechos.

—Si sigues tocando así, poco vamos a poder descansar —no era momento para la vergüenza.

—¿Qué mejor que dormir después del sexo? —dijo con picardía.

Se incorporó un poco y me besó. Sabía a café, amargo y dulce a la vez. Su lengua jugando con la mía, enseñándome, con ese beso, que me deseaba y me quería en ese momento.

Me puse de lado y pegué mi cuerpo al suyo. Profundicé el beso, yo también lo deseaba en ese instante.

Sus manos me agarraron por la cintura y me apretó aún más contra él, pude sentir su erección en mi vientre, lo que necesitaba para estar excitada por completo.

Poco a poco, comenzó a despojarme de las sábanas, hasta que me dejó sin nada que me cubriera, para poder acariciar mi cuerpo sin descanso. Sus manos en mi nuca, pegando nuestras caras. Sus manos bajando por mi espalda. Sus manos en mi trasero mientras él movía su pelvis para clavarme su erección donde más lo necesitaba.

Separé nuestros labios y cogí aire profundamente, si seguía con ese movimiento, iba a llegar al orgasmo en segundos.

Como si me hubiera leído el pensamiento, paró, me hizo tumbarme sobre mi espalda y empezó a besarme el cuello. Pequeños mordiscos me hacían enloquecer. Siguió bajando, lamiendo mis pechos, sin llegar a tocar nunca mis pezones. Hasta que succionó uno de ellos y yo reprimí un gemido. Su lengua se entretuvo ahí hasta que decidió seguir bajando por mi vientre. Me tensé un momento al saber lo que iba a hacer, pero el deseo era mayor que la vergüenza.

Cuando su lengua lamió mi sexo y sus dedos entraron en mí, el orgasmo llegó, sin poder evitarlo.

Levantó la cara de entre mis piernas y se tumbó sobre mí, su beso, con mi sabor en su boca, fue de lo más sensual.

—¿Ahora sí te apetece dormir? —preguntó con una preciosa sonrisa torcida.

—No, ahora quiero más —bajé mi mano y acaricié su miembro. Gimió y la sonrisa murió en sus labios. Metí la mano entre los calzoncillos y su piel, agarrando su pene con algo de fuerza.

—No seré yo quien se queje —siseó.

Deshaciéndose de sus calzoncillos y colocándose entre mis piernas, comenzó a penetrarme. Poco a poco, como si quisiera hacerme disfrutar de cada centímetro que iba entrando. Cuando lo tuve por completo dentro, solté todo el aire de mis pulmones, deseando que empezara a moverse con fuerza, necesitaba otro orgasmo más.

Sus movimientos se aceleraron y su boca volvió a la mía. Agarré su trasero y lo apreté, fuerte, enseñándole que estaba desesperada, que lo quería sin control. Y Rodrigo me lo dio, entraba y salí con

fuerza, mis piernas comenzaban a temblar a la vez que me acercaba al éxtasis. Cuando esté llegó, lo hizo con un pequeño grito de mi parte, lo que hizo que Rodrigo terminada justamente después.

En vez de dejarse caer sobre mí, salió de mi interior y se tumbó a mi lado.

—Ahora sí que quiero dormir —dijo entre respiraciones para coger aire.

—Un poco, sí —reí.

—¿Te gustó?

Lo miré, extrañada por la pregunta.

—¿En serio me estás preguntando eso?

—Es nuestro último día aquí, solo quiero que sea algo especial.

—Rodrigo, no tienes por qué hacer eso.

—Quiero hacerlo. Quiero pasar el día contigo. Quiero que nunca olvidemos este fin de semana.

Entendía lo que quería decir, porque todo se acababa en horas, pero no era momento para hablar de ello, ¿o sí?

—De todas formas, no podría olvidarlo, Rodrigo —decidí ser sincera, esa era la verdad.

—Tal vez no nos veamos más, seguramente hasta la celebración del año que viene.

—Sí —sonreí con un poco de tristeza.

—¿Pasaría esos días conmigo también?

—¿Quién puede saber eso? —cogí las sábanas y me tapé, poniéndome de lado para mirarlo, él hizo lo mismo— Nadie sabe dónde estaremos en un año.

—Yo seguiré en el mismo lado, trabajando, te lo aseguro —bromeó, recordándome su cargo en la

empresa.

—Y yo también, peor no me refiero a eso. En un año pueden pasar muchas cosas, tú tienes tu pareja, la vida... No sé lo que me deparará a mí. ¿Cómo vamos a pensar en eso?

—Sí, sé que eso es así —se metió debajo de las sábanas, muy cerca de mí—. Pero ¿pasarías esos días conmigo de nuevo?

—Sí, no voy a decirte que no. Pero pensar en eso me parece idiota, un año es mucho tiempo, nuestra vida puede cambiar por completo. Quedémonos con lo que hemos vivido aquí.

—Entonces déjame hacer tu día especial, que recordemos todo lo que hemos vivido aquí.

—¿Habrá croissants en mi día especial? —bromeé.

—¿Tienes hambre? —preguntó solícito— ¿No prefieres dormir?

—Me como una vaca —puse los ojos en blanco—. Despertarme con sexo me abre el apetito.

—Pensé que siempre te levantabas con hambre —bromeó, recordando la escena del día anterior en el restaurante del hotel.

—Por eso, imagina entonces si hay sexo —le saqué la lengua.

—Bueno, quédate aquí, yo iré a buscar algo de comer. El tiempo de darme una ducha rápida y salir —me dio un beso en los labios y, como Dios lo trajo al mundo, se levantó de la cama y entró en el baño.

Escuché cómo abría el grifo de la ducha, me acurruqué en la cama y cerré los ojos. El ambiente olía a él, a sexo, a una aventura loca que habíamos vivido los dos. Algo pasajero que nadie sabía si volvería a repetirse. Lo único seguro era que nos quedaban pocas horas juntos y, que después, cada uno volvería a su vida.

Nos recordaríamos, eso seguro, pero poco más.

Así es la vida...

Me había quedado dormida, desperté cuando Rodrigo trajo el desayuno. Había de todo, pero me encargué de que no sobrara casi nada, ya explotara por comer tanto.

Volví a mi habitación para tomar una larga ducha. Me vestí y bajé. Rodrigo me esperaba tomándose un café en la barra del restaurante del hotel. Sonrió al verme, pagó y ambos salimos, dispuestos a pasar el día por la ciudad.

No habíamos ni salido aún por la puerta, cuando Rodrigo colocó su brazo alrededor de mi hombro. Era un gesto simple, tonto, que no significaba nada, un gesto que puedes compartir dos amigos sin que eso signifique que hay nada más. Pero entre nosotros había habido más y, ese gesto, me hizo sonreír.

Era un hombre dulce, pero era un hombre comprometido. No quería volver a darle vueltas a las mismas cosas, ambos sabíamos muy bien qué estábamos haciendo. Nos quedaban pocas horas allí y las disfrutaríamos juntos.

Paseamos por horas, hice miles de fotos, no quería olvidar cada edificio o escultura que veía. Quería llevarme ese viaje, no solo grabado en mi retina y en mi mente, también con pruebas de que toda aquella experiencia había sido real. Porque eso era la vida, un cúmulo de momentos que serían recordados u olvidados. Y esos días no quería olvidarlos nunca. Ni ese lugar.

Era Domingo, no podíamos visitar muchos lugares ya que todo estaba cerrado al público. Pero estábamos en una ciudad con mucha vida, las calles principales tenían muchos locales abiertos, acostumbrados al reflujo de turistas que sufrían siempre.

Como no había tenido tiempo hasta entonces, entré en algunas tiendas de souvenirs. Tenía que llevarles algo de recuerdo a mis padres y a Marta o no me lo perdonarían nunca. Y no estaba exagerando, Marta, conociéndola, me recordaría de por vida que no me hubiera acordado de ella.

Pero no me apetecía llevarles algo típico, quería sorprenderlos, así que busqué más de la cuenta. Los regalos de mis padres los compré a la primera, a mi padre le llevaba hasta un licor típico de allí, pero el de mi amiga me costó algo más.

Rodrigo no se quejaba en ningún momento, al revés, parecía que disfrutaba acompañándome. Eso sí, el pobre tenía peor gusto que yo para los regalos. Si por él hubiese sido, con unos imanes para el

frigorífico y unas bolas de nieve, habría acabado rápido.

Desesperada, entré en una tienda de bisutería. No sabía para qué, Marta no solía usar nada de eso, pero las ideas se me iban acabando.

Me llamó la atención un collar de plata que tenía como colgante una luna. Lo cogí en las manos y lo observé más de la cuenta.

—¿Te gusta? —preguntó Rodrigo a mi lado.

—Sí, es una simple luna, pero tiene algo especial.

—Yo la veo normal —dijo él, confirmando lo que acababa de decirle.

—Sí, puede ser. Pero al ser una luna, ya es especial.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad.

—La luna simboliza la noche, la oscuridad, los secretos, lo prohibido. Pero también la belleza de ese enigma, la pasión, los amantes... —suspiré— No sé, la luna simboliza demasiado.

—Llévatela —dijo con voz ronca, como si le hubieran afectado mis palabras.

—¿Eh? No, yo no suelo llevar colgantes, pero miraré algo para Marta.

Tras mucho mirar, por fin encontré algo para mi amiga. Rodrigo estaba hablando con el dependiente cuando llegué al mostrador, pagué y los dos salimos de la tienda. Ya me podía relajar, ya llevaba algo para la loca de mi amiga.

—¿Tomamos algo? —preguntó Rodrigo nada más salir.

—Sí, me duelen los pies.

—No entiendo cómo alguien como tú, una deportista de primera, ya se está quejando de un dolor de pies —rio, colocó el brazo de nuevo por mis hombros y comenzamos a andar.

Nos sentamos en un pequeño y típico restaurante y pedimos un té para ambos.

—¿Te apetece comer fuera o pedimos algo y comemos en el hotel?

—Me gustaría pasar el día fuera —sonreí—, nos quedan pocas horas y aún hay mucho que ver aquí. Quién sabe cuándo volveré. Quizás nunca.

—Son poco días para disfrutar de todo esto —supe que lo decía con doble sentido y sonreí.

—Pero cuando los recuerdos son buenos, no es poco, si no suficiente.

—Me gusta tu filosofía de vida.

—¿La de pasota? —reí.

—No, la de “Disfrutemos y dejemos que las cosas fluyan”.

—No soy tan así —negué—. Me como mucho al cabeza, siempre le doy muchas vueltas a las cosas.

—No es esa la impresión que das.

—Una cosa es lo que enseñe y otra lo que realmente soy.

—No creo eso, eres demasiado transparente.

—Sí, puede ser. Pero que intente dejar que las cosas pasen y no pensar en el mañana y lo diga, es una cosa, pero imagino que, en el fondo, todos pensamos demasiado.

—Pensar es inevitable.

—No, nosotros lo hacemos así. Nos quedan horas aquí, disfrutemos de eso. Es como cuando me dijiste de la celebración del año que viene. Siempre vivimos pensando en el futuro, con eso lo único que hacemos, es perdernos el presente. Estamos más ocupados pensando en el mañana, que viviendo el momento. Y eso es triste, porque perdemos muchas cosas por ello.

Rodrigo me observaba fijamente, absorbiendo cada palabra.

—Por eso te decía que me gusta tu forma de pensar. Además, eres una mujer muy inteligente, con los pies sobre la tierra.

—No tenía de otra, la vida me ha enseñado que, por más que yo planee o piense, lo que tenga que ser, será. Solo intento no preocuparme en demasía. Me altero y me hartos de croissants —le guiñé un ojo.

Rio y negó con la cabeza, pero sin dejar de mirarme en ningún momento.

Las horas iban pasando y nuestro tiempo juntos, acabando, lo quería disfrutar al máximo, porque, como le dije a Rodrigo, pensar demasiado no serviría de nada.

En ese momento, Rodrigo se levantó y se acercó a mí, se colocó detrás y me quedé de piedra al ver que me ponía el colgante de luna en mi cuello. Volvió a su sitio y yo, con la luna entre mis dedos, lo miré extrañada, esperando una explicación.

—Me hubiera gustado regalarte algo mejor, pero tus ojos me dijeron que eso era lo más acertado. Esa es la luna que tanto adoras. Los sueños, imagino. Con eso quería decirte que nunca debes dejar de soñar. Y que no cambies.

—Gracias —dije emocionada.

—Esto se acaba, pero ha sido todo perfecto.

Sonreí dulcemente a sus palabras. Era un detalle muy bonito que siempre me haría recordar nuestras horas juntos.

Rodrigo había acertado, la luna era esos, los sueños. Y esos siempre había que mantenerlos.

—Gracias —volví a decir, no tenía otra respuesta.

—No es nada, no tiene importancia —sonrió.

—¿Sabes? Ha cambiado mucho la forma en que te veo, sobre todo desde la primera impresión que tuve de ti.

—Para bien, espero.

—Sí —reí—. Aunque nunca olvidaré el momento “móvil destrozado” —reí a carcajada al recordar aquello.

—Te juro que no suelo ser así, pero me sacó de mis casillas.

—Lo entiendo, todos tenemos momentos como ese.

—¿De romper móviles? —bromeó.

—Y de tirar cosas —asentí con la cabeza—. No sería la primera vez que yo me enfado y que tiro algo contra la pared.

—Bueno, con tu carácter es normal, tienes temperamento.

—No lo sabes bien —resoplé—, y en momentos así no sé controlarme. Tengo que sacar la furia fuera. Supongo que llego a ser tan desquiciante como tú.

—¿Soy desquiciante? —preguntó con la boca abierta.

—Un poco —asentí de nuevo—, no me hagas recordar la que armaste para un simple móvil.

—Solo soy exigente —me guiñó el ojo.

Eso me gustó, sabía que no era un hombre que se conformaba con poco. Lo que era extraño es que se hubiera conformado conmigo, seguro que tenía donde elegir. Sí, en momentos así, se adueñaba de mí la inseguridad. Pero deseché esos pensamientos y volví a centrarme en Rodrigo.

—Nos llevamos buenos recuerdos de este viaje, eso es lo que cuenta —dije cerrando el tema.

—Aún nos queda día para notar alguno más. Así que, levanta ese bonito culo que vamos a irnos a almorzar.

—¿Ya?

—Sí, ahora soy yo el que está muerto de hambre —bromeó.

Pagó de nuevo, no me dejaba hacerlo a mí, y salimos en busca de un lugar para comer. Estaba contenta por todo lo que había vivido en tan pocas horas y no quería que terminara tan rápido

Pero poco nos quedaba ya, estaba dispuesta a vivirlo al máximo.

CAPÍTULO 9



Todo acababa ahí. Estaba nerviosa y emocionada por la noche que habíamos pasado juntos. Sin embargo, sentía que también lo había perdido de alguna manera. No sé si era amor, no sé si era un deseo por quererlo, por tenerlo junto a mí, pero, una vez que acabara nuestro viaje, todo tenía que volver a la normalidad.

De alguna forma, me excitaba tenerlo ahí enfrente. Mi traje azul oscuro le gustaba. Marcaba mis curvas y sé que no me quitaba ojo. De hecho, cada vez que me miraba, yo sabía que me estaba desnudando.

Habíamos tenido sexo, muy buen sexo. Eso era una verdad tan grande como un templo. Yo nunca había experimentado algo así y creo que él también lo había pasado muy bien en la cama. Me daba pena que todo concluyera tan pronto. Aquellas reuniones de empresa se podían haber prolongado más tiempo, pero nada de eso había sucedido. Y debía ser realista, pero el corazón y mis instintos me pedían otra cosa.

Sentía que no estaba en Bruselas, que no estaba en ningún sitio en particular. Solo me bastaba él, solo me pasaba mirarlo y detenerme en sus labios y en esa boca que me había devorado pacientemente y varias veces. Me fijé en sus ojos penetrantes, cuya mirada me absorbía.

Sus manos fuertes y robustas estaban encima de la mesa. El hecho de verlas ahí, quietas, fuertes, venosas, capaces de hacer todo lo que habían hecho horas antes, también me excitaba. Y no voy a hablar

de su cuerpo, ese cuerpo que me había atrapado y que yo tomé como mío jamás había experimentado una cosa así y eso hacía que aquella comida tuviera algo entre seductor y provocador. El hecho de que todo aquello iba a desaparecer en muy poco tiempo también hacía que aquel momento lo viviera con una intensidad que yo desconocía.

—Me encanta el sitio, Rodrigo.

—Sabía que te iba a gustar. Sirven una carne de pato que está para chuparse los dedos. Voy a elegirla, si no te importa, claro —dijo él respetuoso.

—No me importa. Yo me adapto bien. No tengo ningún problema con la comida y con probar cosas nuevas —mis últimas palabras sonaron provocadoras.

—Eres mala, muy mala —intervino él sonriendo de forma pícara.

—No soy mala. Eres tú el que interpretas las cosas como no debes.

—Pues, es verdad. Me pasa igual que a ti. Me encanta probar cosas nuevas.

Me gustaba el tono de broma con el que había empezado nuestra conversación, una vez que estábamos sentados en la mesa. La decoración de estilo victoriano y la música clásica que escuchábamos en aquel momento creaban una atmósfera muy especial entre los dos.

Todas esas sensaciones como todos esos estímulos, me estaban obligando a cruzar las piernas. Sentía un ardor en mi vientre que me impedía respirar con facilidad. Yo creo que Rodrigo se estaba dando cuenta de mi estado y a él le gustaba verme así. Supongo que no era la primera vez que hacía una locura como la que había hecho conmigo en Bruselas, pero entonces yo no pensaba en eso. Sentía que era única, sentía que era la única con la que se había acostado hasta ahora, además de Natalia. Estaba loca. Estaba completamente hipnotizada por aquel hombre. Pese a todas las películas de amor que había visto a lo largo de mi vida, jamás pensé que yo iba a estar jugando a este juego tan peligroso, arriesgado, lleno de emociones que no sabía si iba a poder controlar por mí misma.

Aquel cuerpo lo merecía. No sé si llamarlo ceguera o hipnosis, o simplemente que me había encaprichado de un hombre que me había hecho volar, algo que no habían conseguido mis relaciones anteriores que habían resultado completamente patéticas.

Mientras veníamos hacia el restaurante, le mandé unos mensajes a mi amiga Marta por el

Messenger, a los que contestó enseguida. Alucinaba. Yo no me anduve con chiquitas y le dije brevemente lo que había pasado.

Marta, he ligado en Bruselas. Estoy tirándome a un tío que no te puedes imaginar quién es. Cuando llegue a España, tenemos que quedar y te lo voy a contar todo. Vas a alucinar.

Pero, ¿qué me estás contando, Hanna? No me puedes dejar así. Debes contármelo ya. Dame una pista. ¿De quién se trata?

No es bueno que hable ahora, pero, vamos, te lo resumiré, en una palabra. Mi jefe.

¿Te has tirado a tu jefe? Estás como una cabra. Chica, pero si el tío merece la pena, mejor para tu cuerpo.

Ya lo creo que merece la pena, Marta. Todavía tengo agujetas. Tengo que dejarte. Hablamos dentro de nada.

Estás loca. Me alegro por ti. Qué envidia.

Como he escrito antes, Bruselas era lo de menos y, pese a lo bonito que era aquel restaurante, tampoco me interesaba demasiado en aquel instante. Mi atención estaba puesta en Rodrigo. He de reconocer que la decoración era preciosa y que nunca había estado comiendo en un lugar como este. Mis parejas solo me habían llevado a pizzerías y hamburgueserías.

En más de una ocasión, había tenido que invitarlos, porque ellos, despreocupados, no se traían ni la cartera para tener el detalle. No me consideraban alguien especial. Rodrigo sí que me consideraba alguien especial y así me lo estaba demostrando con sus gestos, con su delicadeza, con el sexo que habíamos tenido horas antes. Me estaba haciendo una imagen en mi cabeza de aquel hombre completamente idealizada y eso me fascinaba. Y lo que es mejor, eso me excitaba y de qué manera.

Allí estábamos los dos juntos. De alguna manera, estábamos celebrando ese encuentro azaroso que habíamos tenido en las calles de la ciudad. Aquel móvil roto en el suelo cuando discutida con su mujer, Natalia, fue lo que hizo que nos mirásemos, que estableceríamos ese contacto entre los dos y que había desembocado, en muy poco tiempo, en aquel torrente de sexo y de placer. Sé que había merecido la pena.

De nuevo, volví a cruzar las piernas cuando me dijo que era una cosa bonita, la cosa más bonita que había visto en mucho tiempo. A veces, como otras muchas mujeres, el hecho de que me dijeran algo hermoso, me volvía a mis años de adolescencia. Y, en aquel momento, a punto de comer, me sentía como una adolescente.

Antes de que empezáramos a pedir y nos sirvieran, nuestras miradas, además de admiración y seducción, transmitían tristeza y nostalgia. Yo, al menos, estaba confusa, porque sí que quería estar con él, sí que había disfrutado muchísimo con él en la cama, pero el hecho de saber que no lo volvería a ver me ponía triste.

Llegó el sumiller y Rodrigo pidió un vino francés que me encantó. Su sabor afrutado ayudaba a que viera a aquel hombre con ojos de deseo.

Porque, junto aquella sensación de pérdida, aparecían sentimientos fogosos: el calor, el ardor bajo mi vientre y unas ganas tremendas de regresar al hotel y volver a hacer el amor hasta la noche. Con sus ojos, él expresaba lo mismo.

—No sé qué pensar, Rodrigo, si te soy sincera —dije yo resignada.

—¿Qué sucede? ¿Por qué dices eso, Hanna?

—Lo he pasado genial contigo estos días —comenté yo un tanto fastidiada.

—Yo también. ¿Y sabes una cosa? —preguntó él mirándome no precisamente a los ojos— Que no me arrepiento. Sé que lo mejor para los dos es volver a nuestra normalidad, volver simplemente. Ha sido una aventura... —dijo con intención de que yo acabara la frase.

—Ha sido una aventura... ¿cómo? —pregunté yo con expectación.

—Hermosa, muy hermosa. Porque lo tú eres. Estás preciosa. Más que ayer incluso —respondió con intención de seducirme.

No sé cómo expresarlo. Me estaba derritiendo por dentro. Cada palabra suya era una forma de que mi corazón palpitara con más fuerza. He de ser sincera. Mi corazón se aceleraba por segundos. Rodrigo sabía cómo manejar la situación, sabía cómo conquistar a una mujer. Yo me sentía acorralada en

el mejor sentido de la palabra.

Estaba en sus manos. Sus respuestas, sus comentarios y el tono que empleaba para pronunciarlo hacían que yo me olvidara de quién era, y eso era fascinante para una mujer como yo, cuya vida no había estado precisamente marcada por momentos tan maravillosos e intrépidos como este.

Seguramente, él tenía razón. Era necesario que volviéramos a la normalidad. Él tenía a Natalia, pero yo no tenía a nadie. Tendría su recuerdo y el recuerdo de esta aventura. No sé si eso bastaría, pero tenía que conformarme con eso. Lo mejor de todo es que, cuando monté en el avión para Bruselas, lejos de mi imaginación y de mis pensamientos, estaba tener un encuentro como el que le ha tenido con Rodrigo.

—Eres un conquistador nato, Rodrigo —dije yo con sinceridad.

—¿Por qué dices eso? Es la primera mujer que me lo dice.

—Mientes mal. Sabes que no es la primera vez que te lo dicen. Mírate. Eres un hombre perfecto y has hecho que... —no acabé la frase.

La emoción se estaba apoderando de mí y no era capaz de controlar mis pensamientos.

—No me dejes en ascuas, Hanna. ¿Qué he hecho?

—Has hecho que me sienta una mujer diferente. Has hecho, en este poco tiempo, lo que otros hombres no han sido capaces de hacer, ¿sabes? Y deja de mirarme así que aún me tiro encima de la mesa y te desnudo —dije yo bromeando.

Aunque, en el fondo, iba en serio. Me habría encantado tirar todos los platos y todas las copas que había sobre el mantel y haberlo cogido de la solapa y haberlo atraído hasta mí para que hubiéramos hecho el amor allí mismo delante de todos los clientes y de todos los camareros, si era necesario.

Mi corazón estaba desbocado y mis pensamientos eróticos surgía uno tras otro al ritmo de mis pulsaciones. Vibraba de emoción punto según pasaban los minutos. La excitación se mezclaba con unas ganas tremendas de hacer realidad esos pensamientos. Pero no era un imbécil. Sabía dónde estaba punto se había la clase de hombre que era Rodrigo y no podía permitirme aquello. La fantasía, a veces, es un terreno prohibido y eso es una pena.

—Me gusta estar contigo. En eso se resume todo. En esta frase tan sencilla. Eso es lo que me llevo de Bruselas, ¿sabes?

—Gracias por decirme esas cosas. ¿Te pudo contar una cosa, Rodrigo?

—Adelante. Soy todo oídos. Dime.

—Al principio, cuando te vi en aquella cafetería rompiendo el móvil, pensé que eras un capullo.

—Es para pensarlo. No te falta razón. A veces, me pongo un poco idiota y faltó el canapé. Menos mal que estuviste ahí para salvarme la vida —dijo él sin dejar de reír.

—Me diste un susto de muerte. Pues, a pesar de todo aquello, me he dado cuenta de que eres un tipo fantástico.

—Me vas a sonrojara al final. No sigas, por favor. Tampoco soy una persona maravillosa. Creo que no está bien lo que he hecho, pero he sentido cosas hacia ti que no sentía hace mucho tiempo. No quiero que malinterpretes mis palabras. Necesitaba algo así en mi vida, Hanna. Me has devuelto a la vida y lo digo sinceramente. No sé si entiendes lo que te digo.

—¿Quieres darme a entender que no he sido solo una aventura?

Estaba un poco descolocada. No sabía muy bien a lo que se estaba refiriendo Rodrigo. Yo sabía que todo aquello había sido una mera aventura, pero, por sus palabras, podía entenderse que fue algo más. Que yo había despertado en él sentimientos que tenía apagados. Aquellas palabras llegaron directas a mi corazón que seguía latiendo con mucha fuerza.

Rodrigo hizo un silencio, tomó aire para volver a hablar. Noté que se sentía un poco incómodo no sabía muy bien por qué. Creo que sentía la necesidad de decirme algo que no se atrevía a decirme desde el principio. Yo lo miré con confianza y cogí su mano que estaba encima de la mesa y la apreté dándole a entender que podía decir lo que quisiera con total tranquilidad, con total confianza. Todo acababa en Bruselas y yo era consciente de que, pesa el romanticismo de aquel momento, nada haría cambiar las cosas. Cada uno seguiríamos nuestro camino.

—Lo que quiero decir es que me siento halagado por ti y que, para mí, estos días no han sido solo sexo. Creo que te lleves eso de Bruselas. Es lo que voy a hacer yo. No quiero que pienses que voy por ahí tirándome a cualquiera que me apetece. Contigo, he sentido. Lo que he hecho lo he sentido. A eso me refiero.

—Entiendo lo que dices. Creo que me viene bien saberlo. Necesitaba saber una cosa así.

No me lo podía creer. No había sido el típico ligue de fin de semana ni mucho menos.

Rodrigo quería que yo me llevara una imagen de él que nada tenía que ver con el típico chulo que se liga a quien se le pone por delante. Yo sé que él podría hacerlo. Y, aunque mis sentimientos eran confusos hacia él, pues cierto enamoramiento se mezclaba con la mera atracción sexual, agradecí que me dijera que yo era una forma de demostrarme que él había estado conmigo, no solo, con la intención de tener sexo, sino también porque yo había despertado en él sensaciones que iban más allá de la pura atracción física, más allá de la belleza de mi cuerpo.

En aquel momento, no supe cómo interpretar aquel mensaje, pero lo que tenía claro era que aquella aventura había sido, como él mismo había calificado, hermosa. No solo habían sido unos cuantos polvos, sino también una declaración de sentimientos que, ahora, cuando volviéramos a nuestro trabajo, se borraría, se perdería en la noche de los tiempos. Pero a mí eso me daba igual.

Ojalá hubiera tenido más fines de semana como aquel. Pero, ahora, era hora de regresar y lo mejor para mí era poner punto y final aquella historia es historia con Rodrigo. Sin embargo, quería disfrutar de aquel momento, hacerlo de una forma intensa, y como lo había hecho los días anteriores.

—No sé si sirve de algo decirte una cosa como esta.

—Sí sirve. Has hecho más que otras relaciones que he tenido que no han sabido valorarme. Tú, en pocas horas, has hecho que sintiera algo diferente también. La monotonía había llegado a mi vida y, como tú has dicho, me voy con las pilas cargadas —dije yo son ironía.

Los dos reímos al mismo tiempo porque aquella frase que salió de mi boca podía interpretarse de muchas formas. Todo aquello era fruto del estado de excitación el que me encontraba. De repente, apareció una camarera joven para tomar nota. Rodrigo fue el que seleccionó los platos. Ya lo había hecho antes con el vino. Al igual que él, me di cuenta enseguida de que aquella camarera parecía novata.

Aquella chica no tenía nada que ver con la experiencia y la seguridad que había mostrado el sumiller. Se equivocó al apuntar y tuvo que pedirle a Rodrigo que le dijera exactamente el número al que correspondía cada plato que había elegido. Yo lo miraba con picardía, sin dejar de sonreír. La camarera se marchó con aire dubitativo y volvimos a hablar sobre lo que nos había parecido la reunión de la empresa. De repente, dejamos de hablar de nuestros sentimientos y nos pusimos a hablar de la marcha de la empresa.

Yo lo escuchaba con delimitación. Se notaba que él era un conocedor a fondo de todos los temas de inversión. No lo interrumpí. De vez en cuando, apuntaba algún matiz que a él se le había escapado y lo agradecía espontáneamente. Yo seguía flotando, sumergida en mi particular fantasía y no tenía intención de salir de ella.

A los pocos minutos, llegó la camarera con una bandeja. Pudimos notar enseguida que sus manos temblaban y que parecía estar haciendo equilibrios para evitar que los aperitivos se cayeran. Intenté servirnos más vino, pero Rodrigo le ordenó que no le hiciera, ya se encargaría él de servirme.

La camarera se retiró con cara de pocos amigos. Seguimos hablando, mientras comíamos aquellos bocados deliciosos de pasta y marisco.

Al cabo de la media hora, volvió la camarera con el pato a la naranja que debía flambear en mitad de la mesa. Yo me estaba temiendo lo peor y no me equivoqué. Al encender el mechero, mostró su torpeza. No apartó el ramo de flores que estaba justo en el centro.

De repente, las llamas incendiaron el ramo. Rodrigo, con la servilleta y yo, con un vaso de agua, tuvimos que apagar lo que era el inicio de un incendio que se podía haber extendido por todo el restaurante. La camarera estaba pálida. Y dio disculpas no sé cuántas veces.

Nosotros nos limitamos a mirarnos ya sonreír. He de decir que, pese al incidente, aquella carne estaba exquisita. Nos mirábamos. A veces, él me cogía la mano y me acariciaba. El tiempo pasaba demasiado rápido.

Pero esa sensación de que el tiempo se esfumaba solo significaba una cosa. Me lo estaba pasando genial con Rodrigo y aquel fin de semana, aquellos días, los recordaría durante mucho tiempo. Yo había tenido mi particular aventura de película. Cosas que yo creía que solo sucedían en el cine o en la televisión me estaban pasando a mí.

Mi autoestima estaba por las nubes y eso se lo debía a Rodrigo. Terminamos de comer y esperamos el café. De nuevo, la camarera se acercó con la bandeja y yo volví a rezar al cielo. Pero, en esta ocasión, el cielo no me hizo caso y el café de Rodrigo fue a parar directamente a sus pantalones.

El grito que pegó fue escandaloso. Menos mal que el café no estaba demasiado caliente, si no habríamos tenido que ir al hospital. La chica se quedó paralizada y sin ninguna capacidad de reacción. Yo la miré sobrecogida porque no daba crédito a que en un restaurante como aquel hubiera una camarera tan torpe. De repente, vinieron otros camareros a solventar el problema.

La chica seguía allí paralizada y comenzó a llorar. Yo me levanté e intenté calmarla. Le dije que no pasaba nada, que era normal, que todos cometemos errores al principio y que poco a poco, iría aprendiendo. Lo que me temía es que aquel servicio sería seguramente el último para aquella muchacha.

Rodrigo no dejaba de mirarme y se reía de la situación.

Algunos clientes no dejaban de mirarnos.

Aquello era un espectáculo y creo que muchos estaban agradeciendo al cielo que no les hubiera tocado aquella camarera.

Todas esas anécdotas con otras conversaciones y, sobre todo, el sexo que habíamos tenido a lo largo de esos días formaban parte ya de una historia que no sabía todavía si iba acabar ahí. Yo tenía la esperanza de que un año después a lo mejor coincidiéramos en otro congreso, en alguna reunión de las que la empresa promovía para mejorar sus actuaciones.

Pero, en aquel momento, mis sueños no hablaban del futuro, sino del presente, porque mi presente estaba siendo mágico y eso era, por ahora, lo único que importaba.

CAPÍTULO 10



Íbamos por la calle, paseando, abrazados. Rodrigo me llevaba cogida por la cintura y yo hacía lo mismo con él.

Era una sensación extraña, apenas nos conocíamos, pero sentía como si lo conociera de toda la vida, como si eso fuera lo más normal entre nosotros.

La ciudad estaba llena de gente a esa hora, como si nunca descansara. Había turistas por todos lados, haciendo fotos. Decidimos separarnos del bullicio y callejear, lejos de las zonas atestadas de gente. Encontramos un pequeño parque y nos sentamos en el césped. El silencio estaba presente entre nosotros, era como si hubiéramos hecho un pacto que no queríamos romper con palabras.

—Los lugares así me traen muy buenos recuerdos —dije en un susurro, rompiendo el silencio.

—¿Los parques? —preguntó.

—Sí —me tumbé en el césped y miré al cielo, despejado ese día—. Mi padre trabajaba muchas horas y mi madre era la que salía siempre conmigo. Lo normal, ya sabes, llevar a los niños al parque. Pero dejó de hacerlo cuando vio que yo no jugaba.

—¿Por qué? —se tumbó a mi lado, de lado, con la cabeza apoyada en su mano, mirándome.

—Era muy tímida y no me gustaba mucho relacionarme con los niños —sonreí y lo miré.

—No me creo eso —sonrió a su vez.

—De verdad. Me costó mucho hacer amigos, la verdad es que no los hice hasta que Marta apareció en mi vida. Pero yo tenía otras inquietudes, no estar saltando por el parque como si fuera un mono —resoplé al recordarlo.

—¿Qué preferías, quedarte en casa?

—Sí, me sentía mejor así. Pero un día que mi padre salió pronto del trabajo, fue él quien me llevó al parque. Disfruté tanto con él que desde ese día cambié. Pero solo quería ir si él me acompañaba.

—Seguro que te adora —dijo refiriéndose a mi padre.

—Sí, mi madre protesta porque dice que tenemos una complicidad especial, a veces son celos de madre, imagino. Así que, cuando ya crecí un poco y comencé a salir sola, el parque fue mi gran amigo. A veces, cuando me enfadaba, salía de casa y me sentaba allí, simplemente para pensar.

Me quedé en silencio, mirándolo. Él hacía lo mismo, pendiente en todo momento a mis palabras.

—Lo siento —dije avergonzada por lo que le acababa de contar.

—¿Qué sientes? —preguntó extrañado.

—Haberte contado algo así, sé que no te interesa, no sé por qué lo hice.

—Conmigo no te disculpes nunca. Y a mí me encanta escucharte. De hecho, me alegro de que confíes en mí como para contarme cualquier cosa.

—A veces me cuesta abrirme con la gente, pero contigo... No sé, es diferente.

—Sí, siento lo mismo. Y es por eso que me encantas.

—¿Porque me haya abierto a ti? —reí por el doble sentido de la pregunta.

—Por ser tú —dijo muy serio y la risa murió en mi garganta—. Eres diferente, tienes algo especial, eso lo supe desde el primer momento que te vi. He conocido a muchas personas, sobre todo por mi trabajo, pero tú tienes un aura especial. Y me haces ser diferente a mí.

—¿Cómo? —la curiosidad en mí.

—No sé, contigo me siento libre de ser completamente yo. Quizás te parezca idiota, pero no me suele pasar con mucha gente. Es como si la máscara que uso con los extraños no pudiera mantenerla contigo. Me haces sentir... Vivo —suspiró.

—A mí me pasa lo mismo contigo. Me siento yo y eso es lo mejor de todo. No hay que fingir.

—Conmigo nunca, Hanna. Y gracias por estos días inolvidables que me diste.

Se acercó a mí y me dio un tierno beso en los labios, se tumbó de nuevo, agarró mi mano y ambos miramos al cielo. Me había puesto triste después de esas palabras porque todo eso iba a terminarse en pocas horas. Todo acabaría y Rodrigo y yo tendríamos que decirnos adiós.

Pero así era como tenía que ser...

Llegamos al hotel por la tarde, caí reventada en la cama. El cansancio de los últimos días estaba haciendo efecto en mí, pero no iba a dejar que eso me impidiera pasar las horas que me quedaban con Rodrigo en aquella ciudad.

Me había despedido de él y quedamos en vernos abajo antes de ir a cenar. Tenía que ducharme y arreglarme para pasar mi última noche con él. Resoplé cuando, un rato después, ni tiempo me había dado a cerrar los ojos unos minutos, alguien llamó a la puerta. Tenía que ser Rodrigo, ¿quién si no?

Con esfuerzo, me levanté. Abrí y ahí estaba él, con su ropa en la mano y una preciosa sonrisa en la cara. Le sonreí y le dejé paso. Y volví a tirarme en la cama.

—Venga, a la ducha —jaló de mi pie, intentando moverme—, que se nos hace tarde.

—Solo déjame dormir diez minutos —le di con el pie para que me dejara, pero él seguía.

—Vamos, no seas vaga.

—¿Tú y yo no hemos quedado más tarde? —intenté sonar extrañada, pero el ver que traía la ropa me había dado la respuesta a esa pregunta.

—¿Y perderme un baño contigo? Nunca jamás.

—Rodrigo, tenemos toda la noche, déjame —yo solo quería dormir un poco.

Pero eso no estaba en los planes de Rodrigo. Agarrándome de la cintura, me giró en la cama, haciendo que quedara boca arriba. Él se sentó a horacadas sobre mis caderas.

—Si no quieres en la ducha, será aquí —tras eso, se quitó la camisa.

Mis manos volaron rápidamente a su pecho, lo acaricié despacio, disfrutando de la sensación.

—¿Con ganas de sexo? —sonreí.

—No, con ganas de sexo contigo, que es muy diferente —se apoyó en sus manos al agacharse y me dio un beso que me dejó deseando más.

—Estoy sucia, necesito una ducha.

—Te di la oportunidad y la perdiste, ahora ya no existe esa opción.

Volvió a devorar mi boca, esta vez dejando caer su cuerpo sobre el mío. El beso era posesivo y a mí me encantaba sentirlo así.

—No tengo ni fuerzas —reí cuando separamos nuestros labios.

—No tienes que hacer nada, solo disfrutar.

Se levantó y se desnudó poco a poco, yo no podía apartar los ojos de ese cuerpo de escándalo. Cerré las piernas por instinto, por lo excitada que estaba.

Se agachó y me quitó los zapatos, los calcetines. Comenzó a desnudarme sin dejar, en ningún momento, de mirarme. Ninguno decía una palabra, nuestras respiraciones agitadas lo decían todo.

Cuando estuvimos desnudos, volvió a girarme y me puso boca abajo, me cogía como si fuera de mantequilla, era un dominante y me encantaba en esa faceta.

—Muéstrame ese culo —dijo detrás de mí.

Al principio no entendí lo que quería decir, así que, insegura, levanté mi trasero y me apoyé sobre las rodillas, ofreciéndola la visión que creía quería.

No tardó mucho en colocarse entre mis piernas abiertas y entrar en mí de una estocada. Di gracias a Dios por estar lubricada en ese momento, si no...

Con movimientos rápidos, duros, fuertes, entrando y saliendo de mí, sus manos agarrando mis pechos, su torso sobre mi espalda, sudando. Ambos gimiendo...

Tenía el control de la situación y eso me excitaba aún más.

Cuando mi orgasmo llegó, mis piernas fallaron, caí sobre la cama, más que agotada, y él detrás de mí tras vaciarse en mi interior. Notaba su sudor en mi cuerpo y no me molestaba su peso, por mí podía quedarse ahí. Cerré los ojos, sonriente, menudo polvo, pensé.

Cuando los abrí, Rodrigo no estaba. Escuché el grifo de la ducha y me levanté.

—¿Puedo acompañarte? —pregunté entrando en la bañera con él.

Ya no hubo más palabras, ya solo éramos bocas, lenguas, manos... Sexo.

Estaba sentada delante del tocador, maquillándome, cuando me quedé obnubilada. Lo veía arreglarse por el espejo y algo se rompió dentro de mí.

Esas eran las cosas que hacían las parejas, eso que se volvía monotonía y que muchos odiaban, pero que yo me moría de ganas por vivir.

Mis relaciones anteriores habían sido fracasos, con nadie había hecho ni vivido ni la mitad que con Rodrigo en tan pocos días. Y ya estábamos llegando al final, ya llegaría el momento de despedirnos, de que todo se terminara y solo viviera en nuestra mente, como el recuerdo de algo hermoso, al menos

para mí.

Centré la mirada en él cuando sentí la suya en mí.

—¿Estás bien? —preguntó con el entrecejo fruncido.

—Sí, solo pensaba —sonreí tímidamente.

Se acercó a mí, me hizo levantarme y quedarme entre sus brazos.

—Aunque no lo creas, algo te conozco y no me gusta ver esa mirada en tus ojos.

—No es nada, Rodrigo, de verdad.

—Hanna...

—Te lo prometo, solo que me da tristeza que todo esto se acabe. Pero tenemos que volver a nuestras vidas.

—Sí —tragó saliva—. Solo quiero que sepas que nunca olvidaré lo que hemos vivido aquí.

—Yo tampoco – susurré.

Me abracé a su cuello y suspiré, aspirando después su aroma, como si me lo quisiera llevar grabado en los sentidos.

—Ahora vamos a salir, a cenar, a disfrutar. Y nada más, ¿vale? —le pregunté después de darle un pequeño beso en los labios.

—Entonces regálame una sonrisa. Sincera —aclaró cuando le mostré una. Eso me hizo reír—. Así me gusta. ¿Te queda mucho?

—No, un poco de maquillaje y nos vamos.

—Entonces recojo algo de mi habitación y te veo abajo en diez minutos —un beso y se marchó.

Suspiré cuando la puerta se cerró. No quería estar triste, pero no podía evitarlo. Quizás no había sido muy consciente de que el juego se me fuera de las manos, pero ya lo había hecho. Lo había vivido e iba a vivir lo poco que me quedaba con él.

CAPÍTULO 11



Estaba hechizada. Sí, esa era la palabra. Hechizada.

Las últimas horas con Rodrigo en Bruselas estaban siendo algo inolvidable. Qué difícil iba a ser para mí volver a España, volver al trabajo. Pero teníamos que hacerlo. Por desgracia, el sueño se acababa y debíamos abandonarlo de una vez.

Ahora, casi de noche, Rodrigo me invitó a un restaurante que estaba en La Grand Place, uno de los sitios más emblemáticos de Bruselas. Fachadas antiguas de edificios que formaban parte de la historia de Europa creaban un ambiente entre bohemio y mágico, ayudando a que el sueño durase un poco más.

Pensaba a veces que, en cualquier momento, podía despertar y yo me encontraría sola, en mi cama, completamente decepcionada al saber que todo había sido una gran mentira.

Parecíamos los protagonistas de Descalzos en el parque, Robert Redford y Jane Fonda, felices en una ciudad que se había convertido en un segundo hogar. Rodrigo me llevó a un restaurante que habían inaugurado hace poco.

Subimos por un ascensor. Este edificio que se había construido recientemente en aquella plaza recordaba a la arquitectura del Parlamento Europeo. Un ascensor de cristal parecía elevarnos hasta el cielo. Estábamos solos y, en esos dos minutos que duró el ascenso, tuvimos tiempo para besarnos y pude

notar que las manos de Rodrigo querían seguir explorando cada rincón de mi cuerpo.

Yo lo dejaba porque nuestro tiempo se acababa. Estaba dispuesta a exprimir cada segundo de placer. Lo necesitaba cerca, muy cerca. La ciudad comenzaba ahora a dormir bajo un manto oscuro. Las estrellas temblaban en el cielo como si fuesen luciérnagas. Yo acompañé a Rodrigo hasta la mesa que había reservado.

Seguía mirándome y no precisamente a los ojos.

Nos sentamos y yo continuaba pendiente de cada detalle que aquella ciudad que ahora divisaba desde aquel mirador de cristal. Rodrigo me miraba a mí, no miraba la espléndida ciudad. Y yo sentía que sus ojos se clavaban en mí. De nuevo, el corazón latía más deprisa de lo normal. Enseguida, nos atendió un camarero.

El lugar tenía una decoración moderna. Muebles discretos, con un color blanco luminoso, hacían que aquel lugar tuviera una atmósfera mágica. Rodeados por aquellos enormes ventanales de cristal, sentíamos que éramos dos ángeles que estábamos a punto de alcanzar la luna.

—¿Te gusta? Dime que sí —su voz sonaba alegre.

Se notaba que estaba tan emocionado como yo.

—Claro que me gusta. ¿Cómo no me va a gustar? Me gusta todo lo que proviene de ti —dije yo, sumida en aquella excitación continua que su mirada y su tacto producían en mí.

—Lo sabía. Me lo habían recomendado y las vistas son preciosas. Y no me refiero solo a la ciudad —dijo él con intención de hacer un chiste fácil para agradarme.

—Me gusta cuando te pones así de infantil. Me parece genial que seas tan espontáneo y desenfadado. Yo, sin embargo, soy más echada para atrás.

—No se nota. En la cama, no se nota —apuntó él.

—No, eso no es cierto, Rodrigo. En la cama, yo soy la presa y me encanta, ¿sabes?

—¿Intentas provocarme con esas palabras? ¿Eres la presa?

Su voz sonaba enigmática. Me gustaba confundirlo y excitarlo. Podía notar en sus ojos y esa sonrisa que ese tipo de comentarios lo excitaban. El hecho de que yo lo hiciera y el efecto que producía en él también me iba elevando un poco más, según pasaban los segundos sobre aquel cielo de cristal donde nos disponíamos a cenar.

Volví a cruzar las piernas. El ardor comenzaba de nuevo bajo mi vientre. Estaba agotada. Tenía agujetas. Habíamos hecho el amor muchas veces y en muy poco tiempo, pero todo aquello parecía insuficiente.

Necesitaba más y ahora íbamos a cenar. Sólo pensaba en devorarlo. Mis miradas también se clavaban en él y Rodrigo notaba que yo lo estaba haciendo con toda la intención. La ciudad temblaba bajo el reflejo de las estrellas.

Me entraron ganas de llorar, de llorar de alegría. A veces, una persona como yo, es incapaz de contener las emociones y, quizá, con Rodrigo, me estaba sucediendo eso. Había provocado en mí toda clase de sentimientos y el hecho de saber que pronto tendríamos que separarnos acentuaba esa clase de sensaciones.

—No va a ser fácil olvidar todo esto, Rodrigo.

—No quiero que sea fácil para ti ni para mí —dijo morbosamente.

—¿Me quieres hacer sufrir? —pregunté con extrañeza.

—No. Lo que quiero hacer es que recuerdes, que recuerdes esto. No se trata de mí solamente. No soy tan vanidoso. Se trata de que recuerdes esta experiencia, aunque te olvides de mi rostro —apuntó con intención de que no me olvidara de nada de lo que estaba pasando.

—No puedo olvidarme de tu rostro. Me pides mucho, Rodrigo.

—No hablemos de eso ahora. Quiero que celebremos con esta cena en este espléndido sitio lo que ha sucedido en Bruselas —añadió sin dejar de mirar a mis ojos que se perdían ahora en su mirada.

—Sabes que me has hecho feliz por unos días.

—¿Por qué hablas en pasado? Aún quedan algunas horas y, para nosotros, eso puede ser una

eternidad —su voz grave era una ola de caricias sobre mi piel.

La Maison du Roi estaba frente a mí, espléndida, con su fachada majestuosa. Éramos dos príncipes sin duda.

Llegó el sumiller. Y, en esta ocasión, Rodrigo decidió elegir dos tipos de vino, un blanco suave de las afueras de Bruselas y que él ya había probado en otros restaurantes, y luego, un tinto, también francés, que a él particularmente le encantaba.

Además de manejarse con los idiomas, Rodrigo tenía una especial memoria para la cata de toda clase de vinos. Quizá esa capacidad para deleitarse con tantas exquisiteces tenía que ver también con su forma de amar, donde la sensibilidad y la dureza se mezclaban en un solo cuerpo. Me gustaba escuchar cómo elegía los platos. Aquella seguridad que mostraba no tenía nada que ver con las relaciones que yo había tenido antes. Aquella seguridad, quizá, era la que había hecho de él un gran hombre de negocios.

—Hay algo en ti que me fascina y que no te he dicho, Rodrigo.

—Suéltalo ya. Estoy impaciente —dijo sonriendo.

—Eres una persona muy segura de sí misma. No lo he visto antes en otros hombres y no trato de hacerte la pelota. Ni mucho menos.

—No soy tan seguro como parece. Lo que sucede es que no me queda más remedio. El mundo de los negocios, ya lo irás comprobando, es así. No hay sentimientos. Eres como un tiburón. Si tienes la más mínima oportunidad de hacerte con dinero, debes ir a por él. Si te quedas atrás, otros lo harán. No me gusta perder, Hanna.

—Lo entiendo. Yo no tengo esa capacidad.

—Sí que la tienes. Eso se entrena. Trabajar en la empresa te ayudará a darte cuenta de que puedes hacerlo.

De repente, para sorpresa nuestra, apareció la misma camarera del otro restaurante donde habíamos comido. Rodrigo y yo pensábamos que era una alucinación, pero no. Era la misma; el mismo corte de pelo y esa mirada asustadiza la delataban.

Al vernos, no hizo nada. Parecía que éramos dos desconocidos para ella. Yo comencé a reírme y le pregunté a Rodrigo qué demonios estaba pasando con esta chica, que volvía a aparecer en nuestra vida

y que se disponía a tomar nota en nuestra mesa.

Rodrigo se encogió de hombros y también se puso a reír. Notamos enseguida que la camarera se mosqueaba. Se había dado cuenta de que nos estábamos riendo de ella, algo que era cierto.

—No puede ser verdad. Pero, ¿lo estás viendo? Es la misma camarera. Madre mía, adiós cena —comenté yo sin dejar de reír.

—Creía que era una alucinación, pero se trata de la misma chica. Aquí pasa algo, Hanna. Esto debe ser algún programa televisivo de cámara oculta —apuntó él, convencido de lo que decía.

—No me jodas, pues como nos vea tu mujer, nos vamos a enterar.

Ante aquel comentario, Rodrigo se quedó serio durante unos segundos para comenzar a reír con un estallido de carcajadas.

La muchacha no estaba mosqueada, si no lo siguiente. Estaba más mosqueada que un gato en una fábrica de sifones. Yo no podía dejar de reír y, aguantando el tipo, Rodrigo enumeró uno a uno, y muy despacio, los platos que queríamos para que la muchacha no se equivocara.

Nos dimos cuenta de que, en aquella ocasión, la camarera estaba muy segura de su trabajo y no mostró en ningún momento nada de torpeza. Asintió y se llevó las cartas, sin preguntar nada más. Al poco rato, volvió con los entrantes. Ningún temblor en sus manos. No se le cayó nada. No dábamos crédito a aquel cambio tan repentino. Aquí había gato encerrado.

—No puedo aguantarme. Voy a preguntarle. Quizá está pluriempleada. Con la crisis que estamos atravesando, la pobre habrá tenido que buscar varios trabajos —comentó Rodrigo muy intrigado.

—No sé. Pero su forma de trabajar no tenía nada que ver con la del otro restaurante. Estuvo a punto de incendiarlo, ¿te acuerdas?

—Sí, Hanna, me acuerdo. A mí estuvo a punto de abrasarme los ... —sonrió al decir aquello y se calló para no ser grosero.

Cuando la muchacha apareció de nuevo con unos canapés de paté de marisco, Rodrigo le preguntó que qué hacía trabajando en dos restaurantes al mismo tiempo.

La muchacha, un poco avergonzada, se limitó simplemente a sonreír y nos dijo que tenía una hermana gemela. Eso explicaba todo. Volvimos a reír y la camarera, con complicidad, nos esbozó una sonrisa.

—Ya está claro. Pues son idénticas, la madre que me parió, perdón —dije yo espontáneamente.

—Lo que es evidente es que esta tiene más talento que la otra. Necesitaba saber lo que estaba pasando. No estaba tranquilo. Empezaba a tener miedo. Este tipo de cosas también pasan en las películas de terror, donde, de repente, suceden fenómenos paranormales. ¿Te acuerdas de las gemelas de El resplandor?

—Calla, Rodrigo, no me lo recuerdes. Estuve una semana sin dormir cuando vi aquella película con mi amiga Marta. Aún no habíamos cumplido los doce años. Nos quedamos solas una noche en casa, porque nuestros padres habían salido a cenar juntos. Y no se nos ocurrió otra cosa que ver aquella película. El miedo que pasamos. Las dos, abrazadas, viendo aquel pasillo de sangre —expliqué yo emocionada y sin dejar de sonreír.

—Me encanta que me cuentes esas cosas.

No me había dado cuenta de que, sobre la mesa, habían servido canapés y Rodrigo se llevó uno la boca.

De repente, vi cómo se ponía morado, bueno, de todos los colores. Empezó a toser con fuerza y entonces me temí lo peor. No podría ser que de nuevo me estuviera pasando lo mismo que el día en que lo conocí. Rodrigo se estaba asfixiando por culpa de un canapé. Yo no sé lo que le pasaba a este hombre con este tipo de aperitivos. Me levanté para ayudarlo y para buscar alguna forma de que escupiera el maldito entrante. Cuando iba a darle la primera palmada en la espalda, vi cómo sacaba el canapé de una mano donde lo había escondido.

Se puso a reír a carcajadas. Me había gastado una broma. Respiré aliviada y le dije de todo.

Menos mal que no había muchos clientes a nuestro alrededor. Al principio, me enfadé mucho, pero luego entendí que solo había intentado recrear aquel incidente que había marcado el comienzo de nuestra aventura en Bruselas. Cuando terminó de reír, se levantó y, mirándome a los ojos fijamente, me besó en los labios. Aquel gesto erizó mi piel.

—No vuelvas a hacerlo. Al final, te va a pasar de verdad y no me lo voy a creer. Me has vuelto a dar un susto de muerte —dije yo con aire infantil.

—Has puesto una cara, pero, cuando te he visto venir con el puño, he dejado de bromear.

—Déjalo ya, anda. No te justifiques. Ha sido una broma de mal gusto —repuse yo fingiendo que estaba enfadada— El beso que me has dado te ha salvado de una buena.

—No sabes lo que me gustan tus ojos y tu boca. Tienes un rostro angelical y eso me pone mucho —me soltó de repente.

En ese momento, pude notar que su pie rozaba suavemente mis tobillos y que una de sus manos se metía por debajo de la mesa y empezaba acariciarme mis muslos, poco a poco, lentamente, despacio, muy despacio, lo que hacía que yo me incendiara por dentro.

Aquellas manos que él sabía utilizar tan bien eran otro lenguaje y, mientras cenábamos, yo solo estaba pendiente de lo que él hacía cuando una de sus manos estaba libre. Yo intentaba distraerme con cualquier tipo de conversación, con cualquier tipo de tema, pero era inútil.

Lo que él quería era otra cosa y así me lo estaba demostrando al acariciarme por debajo de la mesa, sin que nos viera nadie. Intentaba disimular, seguirle el juego, y aquello lo excitaba todavía más.

Su habilidad para provocar placer hacía que yo me volviera una mujer insaciable y que lo estuviera devorando con los ojos, aunque habláramos de cosas que nada tenían que ver con aquella pasión que se estaba desplegando por debajo de la mesa.

Cuando terminamos, volvimos a besarnos en el ascensor. Queríamos llegar al hotel cuanto antes. Las horas que nos quedaban eran una eternidad.

CAPÍTULO 12



Llegamos al hotel, a primera hora salían nuestros vuelos, ya teníamos en el cuerpo que serían nuestras últimas horas juntos, recogí todas las cosas de mi habitación y me las llevé para la de Rodrigo, de allí saldría directa para el aeropuerto.

—Me has devuelto la ilusión y sensaciones que tenía muertas desde hace tiempo, Hanna —dijo mientras me cogía en brazos y enlazaba mis piernas a su cintura.

—¿Me vas a recordar siempre? —pregunté poniendo cara triste.

—Claro, no lo dudes —me besó apasionadamente sin dejar de soltarme.

—Dios mío, cuando vaya a trabajar siempre pensaré que pasé un fin de semana con el dueño de mi empresa —reí.

—Lo mismo, cualquier día te doy una sorpresa en las oficinas —guiñó su ojo.

—Me moriría...

—Ya estamos —sonrió— quiero que recuerdes esto como algo bonito, no con tristeza y dolor.

Ni que fuera tan fácil, ya me dolía, lo abracé fuerte y unas lágrimas cayeron por mis mejillas,

intente antes de separarme de ese abrazo que no se notara.

Luego me llevo a la cama, me tiró en ella y comenzó a besarme, sabía que volveríamos a tener sexo, pero esta vez era de diferente manera, parecía que estuviéramos haciendo el amor, la delicadeza, el cariño y el amor que ponía hacían sentir que estaba volcado en hacerme sentir más que un objeto sexual, sino alguien importante para él.

Nos quedamos dormidos abrazados, a las cinco sonó el despertador, me aluciné al ver que él estaba preparado.

—¿Qué haces? Tu avión sale más tarde.

—Me voy contigo, haré tiempo en el aeropuerto después, pero quiero acompañarte.

—Gracias, dije emocionada acercándome.

Bajamos la maleta y fuimos a desayunar rápidamente, a continuación, nos esperaba un taxi en la puerta del hotel, que nos llevó directos al aeropuerto. Íbamos en el asiento de atrás, no soltó mi mano en todo el camino, yo iba mirando por la ventana mientras él me la acariciaba.

Una vez en el aeropuerto facturé la maleta, no tenía ganas de cargar con ella, así que me fui con él a tomar un café, aún faltaba una hora para la salida de mi avión.

—Prométeme que no sufrirás —dijo acariciando mi mano.

—Tranquilo, Rodrigo, lo superaré —saqué mi lengua.

—Te voy a echar mucho de menos —sus ojos denotaban tristeza.

—No me digas más nada, no quiero romper a llorar.

—No quiero verte llorar, es más, te lo prohíbo, recuerda que tienes una cita conmigo.

—¿Una cita? —pregunté extrañada.

—El año que viene, en el evento anual, te estaré esperando...

—Rodrigo...

—No, no me digas nada, sé que quizá para entonces tengas pareja, pero, aunque no pueda tocarte, quiero pasar de nuevo ese fin de semana contigo, prométemelo.

—Te lo prometo.

Nos fundimos en un abrazo, ya se había echado el tiempo encima, me acompañó hasta la puerta de embarque y nos despedimos con el beso más efusivo y doloroso que me hizo sentir, que jamás volvería a sentir algo así.

Entre derecha, sin mirar atrás ya llevaba toda mi mejilla inundada de lágrimas, ya comenzaba a sentir el dolor del vacío...

Era duro volver. Sentía que lo había perdido. Y era verdad. De alguna forma, lo había perdido. Estaba en el avión. Y lo peor era la soledad, la soledad ahora y en adelante. Me alejaba de Bruselas. Aquella ciudad se había convertido para mí en una especie de paraíso.

Nunca iba a encontrar a un hombre, a un hombre que me amara como él lo había hecho. Era imposible. Hombres como Rodrigo no existen. Todavía pensaba que podía tratarse todo de un sueño, de un sueño cruel, del que iba a despertar en cualquier momento. Me pellizcaba en mi brazo para comprobar que todo había sido tan cierto como que me había dicho que volveríamos a vernos dentro de un año.

Pero eso era demasiado tiempo. Y eso me mataba. Me estaba matando en silencio. No sé si Rodrigo me había prometido aquello para que me callara, para que me consolara en mi dolor. No lo sé. Pero ahora sentía que el regreso a casa no iba a ser tan fácil como había pensado en un principio.

Las horas con él en el hotel, en los restaurantes y en esos rincones llenos de magia que habíamos encontrado no habían sido suficientes. Yo quería más de Rodrigo, quería más de su cuerpo, de su sonrisa, de su forma de mirarme y de hablarme.

Echaba de menos sus manos sobre mis rodillas, sobre un muslo, rozando levemente mi piel para que yo me excitara, para que en mi interior ardiera ese fuego que, hasta ahora, no había conocido. Tardaría poco en llegar a España. Miraba a mi alrededor. Otro rostro, otros hombres, otra gente, pero no estaba él. No estaba esa persona a la que yo había dado una parte de mí.

Nadie me acompañaba. Mis amigos habían decidido coger otro avión y ahora, sin nadie a quien poder confesar todos estos sentimientos, no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

Hubo un momento en que tuve todo. En Bruselas, lo tuve todo: la felicidad, la emoción, la inquietud de quien se siente acariciada por un cuerpo desconocido, pero al que deseas profundamente, sin olvidar la alegría y la promesa de que ese sueño volvería a repetirse.

Sentía que estaba vacía. Porque no me llevaba nada de Bruselas. Rodrigo ya me lo había dicho. Solo me llevaría el recuerdo de la experiencia. Ni siquiera su rostro, pasado el tiempo, sería recordado por mí, según sus palabras. Pero yo no lo creí.

Era imposible para mí imaginar que aquel cuerpo y aquella forma de tenerme y de poseerme se iban a olvidar con tanta facilidad.

No quería compadecerme. No quería sentirme víctima de una persona que se había aprovechado de mí. Rodrigo no era de esos hombres, entre otras cosas, porque yo había sido libre de hacer lo que había hecho. Quizá, estaba faltando a mis propios principios. Él tenía a Natalia. Yo no tenía a nadie. Y, aun así, sabiendo que él tenía una esposa, hice lo que hice.

No sé si fui egoísta. Lo que tengo claro es que el corazón pudo a la razón. Estaba condenada a sufrir la soledad de nuevo, pero, a cambio, había recibido un fin de semana lleno de esa excitación que yo necesitaba para sobrevivir en un mundo gris, una vez que bajara del avión.

Era un mundo que vería con indiferencia, con pasividad, porque lo consideraría ajeno a mí y al mundo que me había revelado Rodrigo. Me quedaba Marta y mi familia. Pero ese cariño y esa generosidad que ellos siempre me demostraban no tenían nada que ver con los sentimientos que Rodrigo me había hecho descubrir por mí misma.

Unos sentimientos que estaban relacionados con ese deseo de sumergirme en el infierno de sus fantasías sexuales y de su extrema sensibilidad a la hora de querer agradarme con detalles y frases que solo hacían halagarme.

Me contradecía a mí misma. No podía permitir que mi vida ahora se basara en aquel recuerdo. Tenía que seguir adelante, tenía que volver al trabajo con la cabeza bien alta y con ganas de comerme el mundo.

Pero una cosa es lo que pensamos y otra cosa es lo que dicta el corazón.

Y mi corazón solo me dictaba que volviera junto a él, que volviera a amarlo con la misma intensidad que lo había hecho durante esos días, como si no existiera otra frontera ni otro tiempo, ni otra realidad en la que vivir.

Ahora solo me quedaba soñar con el próximo evento anual...

